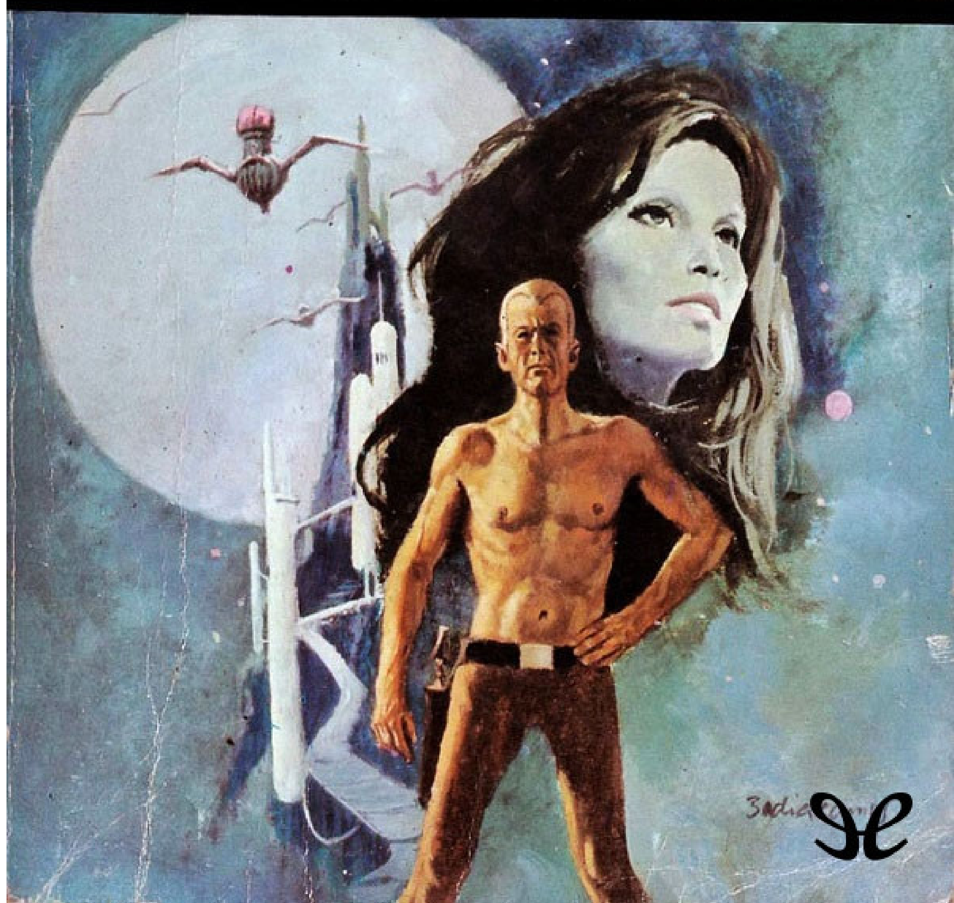
BOLSILIBROS la conquista del ESPACIO

REBELDES EN DANGHA

a. thorkent

CIENCIA FICCION



El protagonista es Gresh Lemmy, un joven teniente recién graduado en la Academia Imperial de la Tierra, hijo de un militar fallecido heroicamente en defensa del imperio. Esta circunstancia le concede el privilegio de elegir su destino, lo cual hace optando no por un puesto cómodo en las proximidades de la corte, sino por uno en el remoto planeta Dangha. En realidad desconoce todo acerca de este planeta, salvo que en él podrá servir lealmente al emperador al igual que lo hiciera su padre. Pero ¿por qué precisamente Dangha? Pues porque ha sido incitado a ello por un exprofesor suyo que, renunciando a su cargo, ha solicitado asimismo destino en este planeta, ofreciéndole su protección.



A. Thorkent

Rebeldes en Dangha

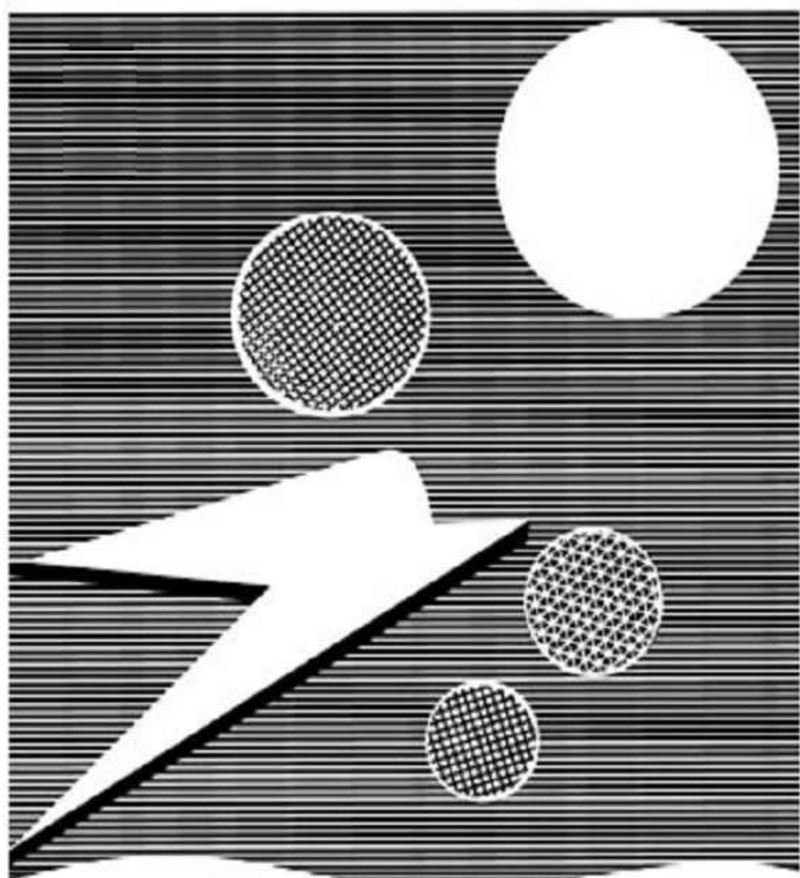
Bolsilibros: El Orden Estelar - 1
Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 127

ePub r1.1
xico_weno 05.09.15

Título original: *Rebeldes en Dangha*
A. Thorkent, 1973

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

El Gran Rector miró con marcado disimulo su reloj, primero, y luego al orador, quien no parecía iba a terminar nunca su pesado discurso.

Resopló suavemente, diciéndose que aquella despedida de nuevos oficiales le estaba resultando la más pesada de todas las que había asistido en su vida. Seguramente es que se estaba haciendo viejo. Sí, tenía que ser aquello. Pronto, tal vez dentro de dos o tres años, le llegaría el momento de ser relevado por otro Gran Rector, más joven.

Seguramente, cuando tal cosa llegase, lo sentiría. Se había acostumbrado a dirigir la Gran Academia Imperial, a gozar de una alta posición en la Corte, un buen sueldo, forma segura de conseguir suculentos extras, repartiendo pequeños favores y… otras cosas, en las que ni él mismo se atrevía a pensar, quizá temeroso de que algún envidioso leyese sus pensamientos.

Y el orador seguía con su inflamada charla, gritando a los miles de bisoños oficiales que debían derramar hasta la última gota de su sangre por el Gran Imperio y su Emperador, que pronto iban a partir a los más alejados lugares del vasto dominio para seguir tensando los lazos de seda que unían miles de planetas con la Tierra.

El Gran Rector se volvió a su ayudante, el comandante Oome, susurrándole al oído:

—No he leído previamente el discurso de ese idiota, Oome. Dígame, ¿le queda mucho tiempo? Me temo que voy a quedarme dormido si sigue así…

Oome era su hombre de confianza. Sonrió levemente y respondió:

—Ya termina, señor. Pronto le tocará a usted levantarse para exigir a los oficiales el juramento de fidelidad.

El Gran Rector asintió. Cruzó los brazos sobre el pecho y miró la enorme explanada, en la cual ocho mil nuevos oficiales permanecían en posición de firmes, escuchando, al parecer muy interesados, lo que el enviado personal del Emperador, un cortesano cretino, les estaba diciendo.

«Y, verdaderamente, debían de creérselo», pensó el Gran Rector. Con seguridad, la mayor parte de los jóvenes oficiales tenían un nudo en la garganta. Para ellos, aquel día era el más importante de su vida. Después de cinco años de intensa preparación, habían recibido el grado de teniente de las Fuerzas Imperiales. Y todos estarían impacientes por conocer su destino…

Al recapacitar en aquello, el Gran Rector recordó un asunto que no le traía buenos recuerdos.

Estúpidamente intentó descubrir, en medio de aquellos miles de rostros, al causante de una nueva molestia para él. Sin conocer su cara, le odió intensamente.

Estuvo tentado de preguntar a su ayudante por qué él no le había solucionado ya aquel asunto. Tuvo que contenerse porque el vanidoso cortesano acababa de terminar su discurso. Como los oficiales no podían aplaudir, se tuvo que contentar con los cansados aplausos de las personalidades que ocupaban la tribuna, fríos y ausentes.

Los familiares de los nuevos oficiales debían estar presenciando la ceremonia a través de los televisores, ya que las viejas normas de la Academia Imperial prohibían la asistencia de civiles no invitados oficialmente.

El maestro de ceremonia dijo a través de los amplificadores:

—Atención, oficiales del Gran Imperio; quien ha sido hasta estos momentos vuestro bien amado Gran Rector, os va a exigir el juramento de fidelidad al Gran Imperio, a su Grandeza, el Emperador y a las Sagradas Leyes de la Superioridad Terrestre.

Tronaron los acordes estridentes de las trompetas a través de los amplificadores. Se escucharon, por unos segundos, los briosos compases del himno imperial, y el Gran Rector se levantó con parsimonia de su asiento.

Oome ocultó una sonrisa irónica, viendo a su superior adoptar una postura arrogante, sabiendo que los objetivos le enfocaban y que en miles de hogares era observado con el aliento cortado, al

mismo tiempo que aquellos ocho mil jóvenes, embotado el cerebro durante cinco años de adoctrinamiento, estaban a punto de desfallecer de emoción.

El comandante también estaba deseando que la ceremonia terminase de una condenada vez, aunque sus motivos eran distintos a los del Gran Rector. Introdujo su mano en el bolsillo de su guerrera y palpó el documento que cuidadosamente redactó la noche anterior.

Había tomado una decisión, y dispuesto se encontraba a llevarla a cabo.

Intuía que el Gran Rector iba a sentirse bastante molesto, cuando leyese el documento. Pero no tenía otra alternativa que callar y firmarlo también.

Oome había comprendido que el actual Gran Rector no iba a estar al frente de la Academia Imperial por mucho tiempo más, y las ventajas que él estaba obteniendo siendo su ayudante no iban a durarle mucho tiempo, una vez que el sustituto hubiese ocupado el cargo. Además, existían bastantes irregularidades en la administración actual. No tenía el menor deseo de que se descubriesen éstas. Para entonces deseaba estar lejos de la Tierra.

Unos años fuera de ella serían suficientes para que obtuviese cuanto ambicionaba.

Lo había calculado todo cuidadosamente. Gracias a que tenía total acceso a la correspondencia del Gran Rector, se había enterado de cierto asunto, precisamente lo que necesitaba para no cometer errores en el futuro.

Ante todo había decidido cubrirse convenientemente la espalda. Y tal cosa ya estaba solucionada.

El Gran Rector había terminado de pedir el juramento de fidelidad, que fue contestado por ocho mil gargantas afirmativamente.

Mientras las compañías formadas por los oficiales comenzaban a desfilar frente a la tribuna, Oome sacó de su cartera lentamente una plaquita de metal, en la que estaba escrito un nombre: Gresh Lemmy. Pocas personas existían en el Gran Imperio, que ignorasen lo que aquellas palabras significaban.

Pero aquel Gresh Lemmy no era la misma persona que veinte años antes conmovió a cientos de planetas con su gesto, causando la

admiración lo mismo entre sus amigos que enemigos.

Aquel Gresh Lemmy murió cuando parecía ser capaz de escapar de la enconada persecución de los rebeldes, furiosos contra aquel hombre que, solo, había sido capaz de sofocar una de las más temibles revueltas habidas contra el Gran Imperio en la Galaxia.

Ahora el hijo de aquel héroe del Gran Imperio estaba desfilando, confundido en medio de aquellos miles de soldados. Aquella circunstancia también la sabía el Gran Rector, precisamente porque días antes había recibido una carta de un alto administrador de la Corte, ordenándole casi que concediese una entrevista al joven Lemmy, y procurase complacerle en cierta petición que deseaba formularle una vez obtenido su grado de teniente.

El Gran Rector entornó los ojos, viendo desfilar las compañías de recientes oficiales. Entre ellos debía estar el hijo del admirado Gresh Lemmy. Seguramente, su padre se revolvería en su tumba espacial cuando escuchase la petición de su hijo de obtener su cómodo puesto en la Tierra, cerca de los placeres de la Corte. ¿Qué otra cosa, sino, iba a desear aquel jovenzuelo engreído, a quien la muerte heroica y estúpida según el criterio del Gran Rector, de su padre, había abierto las severas puertas de la Academia?

Cuando terminaron de pasar las monótonas compañías finalizando de una vez el largo y cansado acto, el Gran Rector se apresuró a despedirse de los pocos invitados, y recoger sus felicitaciones con indiferencia.

Subió al vehículo que le esperaba, con cierta prisa. El comandante Oome le siguió, sentándose a su lado en silencio.

Cuando hubieron recorrido varios centenares de metros rumbo a la residencia del Gran Rector, el comandante explicó, tratando de aparentar indiferencia:

—El oficial de servicio ya sabe que debe poner todos los medios posibles para que el teniente Lemmy esté en su despacho dentro de veinte minutos, señor.

—No me lo recuerde, Oome —gruñó el Gran Rector.

—¿Le molesta, señor, tener que conocer al hijo del héroe del Gran Imperio?

—No, precisamente; me molestará tener que escuchar sus tonterías. Nunca le vi. Incluso ignoraba que estudiase en la Academia. ¿Acaso no supone lo que deseará?

—¿Usted cree adivinarlo? —preguntó Oome con cierta ironía flotando en sus palabras.

—Por supuesto que sí. Ese cretino ya tiene los entorchados de oficial, un bonito uniforme y un apellido que le abrirá muchas alcobas de ciertas cortesanas frívolas. Claro que para eso necesita un buen certificado mío para pedir un puesto con poco trabajo cerca de la capital. ¿No le dije, comandante, que recibí una recomendación de cierto personaje del gobierno de su Grandeza el Emperador? Ese jovencito no dudó en dirigirse a él, recordándole quién fue su padre, para que yo no me negase en absoluto.

—Parece que no es muy tonto el joven Lemmy —insinuó Oome, ocultando con dificultad una sonrisa divertida.

—Sabe lo que quiere, no hay duda. A mí me da igual que lo destinen a la capital o no. Lo que me irrita es tener que perder mi tiempo con él. Le hubiera dado el certificado de todas formas; pero me molestó que recurriese previamente a ese personaje, que prefiero no mencionar. ¿Qué pasaría si yo tuviese que atender a cada uno de los nuevos oficiales que anualmente se gradúan?

—No todos son hijos del Gran Gresh Lemmy.

—Afortunadamente, el Gran Imperio no dispone de tantos héroes. Gresh, después de su hazaña, hizo lo mejor para ser recordado durante siglos: morirse. Nada es más molesto que Un héroe vivo.

—Así ahora puede beneficiarse su hijo, ¿no?

El Gran Rector respondió con un gruñido, pensando que aquel día no era de los más afortunados de su ayudante, pues, en lugar de ayudarle a olvidar aquel asunto irritante, no hacía sino hablarle de él. Calló. No volvieron a abrir la boca durante todo el camino.

Llegaron ante el suntuoso edificio, residencia del Gran Rector en la Academia. Subieron rápidamente hasta el despacho de éste. Ninguno de los dos se extrañó cuando un ordenanza se cuadró vigorosamente y anunció:

—El teniente Lemmy espera al Gran Rector en su despacho, señor.

Suspirando ruidosamente, éste asintió como si tuviera que enfrentarse a algo sumamente penoso.

—Está bien. Saldremos cuanto antes de esto. ¿Está en mi despacho el certificado que necesita Lemmy, comandante?

—Sí, señor. Nada más tiene que firmarlo.

—De acuerdo. Nos veremos mañana, Oome. Cuando termine con el teniente me retiraré a descansar.

—Perdóneme, señor; pero cuando salga el teniente, tengo urgente necesidad de hablarle.

El Gran Rector puso gesto airado, preguntando:

—¿Usted también, comandante? No creo que sea importante. Lo dejaremos para mañana.

—Lo siento, señor. Es necesario que sea hoy.

—De acuerdo, pero le ruego que sea breve. Pase tan pronto vea salir al teniente Lemmy.

—Gracias, señor —dijo Oome, dibujando una sonrisa tímida, que acentuó cuando el Gran Rector le volvió la espalda para penetrar en su despacho, cuya puerta corrió solícito el ordenanza a abrirle.

El Gran Rector penetró en el suntuoso salón que era su despacho privado. Allí, de pie en el centro de la estancia, firmes, y con el liviano casco rojo en la mano derecha, le aguardaba el teniente Lemmy.

No le estudió hasta que estuvo acomodado detrás de la larga mesa de trabajo; en realidad, un motivo más de decoración de la lujosa habitación. El escaso trabajo que tenía que realizar se lo confeccionaban sus ayudantes y computadores.

Después de observar detenidamente al joven, el Gran Rector llegó a la conclusión de que se parecía bastante al ya legendario Gresh Lemmy, orgullo de los ejércitos imperiales. En alguna ocasión había visto relieves de él.

La persona que tenía enfrente no debía contar más de veintitrés años. Era alto, delgado, sin un gramo de grasa en su cuerpo. Su mirada, perdida ahora respetuosamente en un lugar indeterminado, era, pese a toda su postura marcial, firme y decidida, inteligente.

Con indolencia, el Gran Rector pulsó un botón de su mesa. Al instante, una hoja metálica cayó de una ranura. Era el extracto de las puntuaciones logradas por el joven Lemmy durante sus cinco años de estancia en la Academia. No pudo reprimir un gesto admirativo. Las calificaciones eran altas, por encima del promedio óptimo que alcanzaban los cadetes. Gresh había conseguido el número veintitrés de su promoción, lo que quería decir que los veintidós que estaban por delante de él debían gozar de unas

recomendaciones abrumadoras.

En la cartulina estaban detalladas, de forma codificada, quiénes habían sido los padrinos de Gresh. Así se hacía con todos los cadetes, aunque sólo el Gran Rector tenía acceso a tal información. Con disgusto, el hombre tuvo que admitir que Gresh no había sido apoyado por ninguna notabilidad de la Corte. Y estaba seguro de que, por debajo de él, debían estar muchos cadetes bien respaldados, pero que, pese a tal cuestión, no habían podido superar las altas calificaciones del joven Lemmy.

Al parecer el teniente Lemmy sólo había hecho uso de su apellido para dirigirse a aquel jerarca imperial para que intercediera ante el Rector para… ¿Para qué, exactamente? El Gran Rector comprendió que la curiosidad era ya en él demasiado grande. Había llegado el momento de conocer lo que el nuevo teniente pretendía de él.

Tosió antes de comenzar a decir:

—Generalmente estoy siempre dispuesto a escuchar a cada uno de los cadetes de esta Academia, a intentar comprender sus problemas —sonrió—. Claro que esto sería materialmente imposible de realizar al ser ustedes tantos. Me salva que casi ninguno ha pensado nunca en sostener una entrevista personal conmigo. Creo que usted, teniente Lemmy, es el primero que lo hace en mucho tiempo.

—Lamento causarle tantas molestias, señor —dijo el teniente Lemmy.

—No se preocupe ya —rezongó el Gran Rector—. Es posible que, si hubiese pedido verme por los cauces legales de esta Academia, también lo hubiera conseguido. ¿Puede explicarme por qué recurrió a… esa personalidad en la Corte?

El joven dudó unos segundos antes de responder:

—Yo era muy joven, apenas un niño, cuando murió mi padre. Estaba solo. Durante las ceremonias póstumas esa persona me aseguró que el Gran Imperio se ocuparía de mí. Me preguntó qué deseaba. Le contesté que ser soldado. Entonces me enviaron a una Universidad para preparar mi entrada aquí. Esa persona me visitó varias veces para reiterar su ofrecimiento de ayuda.

El Gran Rector asintió.

—Comprendo. Recién estrenado su grado de teniente, pensó que

había llegado el momento de obligar a esa persona a cumplir su promesa. Temió que el Gran Rector no quisiese recibirle, y le pidió que me obligase a mí a verle, ¿no es así?

Gresh movió un poco la cabeza, turbado. Las palabras de su interlocutor le sonaban duras, recriminadoras. Se apresuró a contestar:

—Nunca molesté a esa persona, señor. Consideré que debía demostrarle que me acordaba de él. Lo hice porque necesito el certificado firmado por usted.

El Gran Rector apretó los labios, mostrando un rictus de marcado desprecio.

—No sé sienta preocupado, teniente —dijo, sacando el documento ya preparado, y que sólo necesitaba su firma, que extendió con brusquedad sobre el papel. Lo empujó hacia el teniente, diciendo—: Ya lo tiene. Con él, nadie le negará el destino que más le convenga.

Por primera vez, el teniente Lemmy comenzó a dibujar una leve sonrisa, que se apresuró a borrar. Tomó el documento, y se apresuró a guardarlo.

—Gracias, señor —dijo.

—Siento gran curiosidad por saber cuál es el puesto de su preferencia, teniente. ¿Puede decírmelo?

—Quiero ir a los planetas del sector
Q-543
.

Si le hubieran comunicado al Gran Rector que en aquel mismo instante el Emperador estaba entrando en la Academia, no se hubiese sorprendido tanto. Casi saltó de su asiento. Parpadeó varias veces y, después de un buen rato, pudo decir:

—Si se propuso darme una broma final de curso, que resultase sonada, le prometo que lo ha conseguido, teniente. ¿Bromea, acaso?

—No entiendo, señor…

El hombre le miró, furioso. Comprendió que Lemmy no fingía en absoluto. Prefirió pensar que estaba rematadamente loco. Suavizó cuanto pudo su expresión antes de decir:

—Está bien. Olvídelo. Le felicito por todo, teniente Lemmy. Puede retirarse.

—Gracias, señor.

Gresh se cuadró, y giró sobre sus talones para salir. Antes de llegar a la puerta, el Gran Rector le gritó:

—Puede decirle al comandante Oome que pase.

Asintió Lemmy, y cerró tras sí cuidadosamente la puerta.

Entonces, el Gran Rector sacó de un departamento de su mesa unas pastillas, que ingirió. Necesitaba serenarse. Lo sucedido con el teniente no podía ser más sorprendente. Cuando entrase Oome, se lo diría, y estaba seguro de que el comandante se iba a sentir tanto o más confundido que él lo estuvo.

Pero estaba equivocado.

CAPÍTULO II

Oome estaba en el pasillo cuando el teniente Lemmy salió del despacho del Gran Rector, resplandeciente de alegría. No necesitó, por lo tanto, preguntarle si tenía lo que deseaba.

—Bien, teniente. Con ese documento puede ir a servir en la guardia personal de la emperatriz o al mismo infierno —le dijo, insuflando en sus palabras un tono humorístico.

—Usted ya sabe lo que deseo.

—Cierto. Y le aseguro que es el mejor sitio de la Galaxia para probar nuestra lealtad al Gran Imperio.

—El Gran Rector me ordenó que le dijera que le espera, señor.

Oome sonrió, divertido por anticipado, imaginándose la cara que iba a poner el viejo.

—Sí, ya entro. Recuerde, teniente, que en la oficina de destinos de esta misma Academia le atenderán. ¿Qué tal se portó el Gran Rector con usted?

Gresh dudó antes de responder:

—Un tanto enfadado al principio. Luego, estuvo sorprendido. Esa actitud no llegué a comprenderla.

—No le haga caso; está viejo. Pronto será relevado.

—¿Por eso se marcha usted también, señor?

El comandante estuvo a punto de echarse a reír.

—Sí, por eso. Cuando él se marche, esta Academia no volverá a ser la de siempre. Cuando llega uno nuevo, lo primero que pretende hacer es cambiarlo todo. Además, estoy cansado de todo esto. Yo, al igual que usted, siento la necesidad de demostrar lo que valgo en el espacio, no trabajando en un lugar sedentario.

—Me alegro de seguir sus consejos, señor. La verdad es que no sabía a dónde ir. Cada uno de mis compañeros tiene una idea distinta, a la hora de solicitar destino.

—Pero no todos pueden exigirlo con la misma fuerza que tú lo

podrás hacer ahora. Afortunadamente, me hiciste caso cuando te dije que debías usar la influencia de ese personaje, que hace años te aseguró que haría por ti cualquier cosa.

Lemmy puso entonces gesto de contrariedad.

—No me gustó hacerlo. Sé que voy a ir donde quiero, gracias al apellido que llevo.

—Me resultas incómodamente modesto, muchacho. Perdona que te tutee en privado —sonrió Oome amistosamente—. Pero ya nos conocemos hace tiempo. Tú también puedes hacer lo mismo. Al fin y al cabo, vamos a estar juntos mucho tiempo.

Gresh miró, confuso, al comandante. Tartamudeó:

—No llegaría a acostumbrarme, señor…

Oome rió de buena gana.

—Bueno, será cuestión de tiempo. Cuando estemos en Q-543 comprenderás que entre oficiales debe existir cierta camaradería. Los días serán largos y siempre es bueno contar con una persona de confianza. Allí nos encontraremos con otros oficiales. Pero no serán como tú. Prefiero tenerte siempre a mi lado, ya lo sabes.

El comandante tendió su diestra, que el joven teniente estrechó, emocionado, con fuerza. Oome suspiró y dijo, señalando la puerta que conducía al despacho del Gran Rector:

—No haré esperar más al viejo. Ocúpate de los trámites de tu destino. Ya sabes que pasado mañana debemos estar en la base para, incorporarnos.

—¿Tan pronto? Creí que tendríamos unos días…

—¿Tienes familia?

Lemmy negó con la cabeza, pero luego dijo:

—Unos primos lejanos, nada más.

—Pues, entonces, aprovecharemos esta noche y mañana para despedirnos de la civilización. Iré a buscarte a las ocho, a tu dormitorio.

—¿Dónde piensa llevarme?

—Eso es cuenta mía. Te aseguro que lo pasaremos en grande. Será algo que allá en Q-543 no olvidaremos fácilmente.

—¿Cómo es el planeta adónde vamos, señor?

Oome cerró los ojos unos segundos. Miró, enigmático, al joven, le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Me gustas porque confiaste en mí cuando te dije cuál era el planeta idóneo para nuestras aspiraciones, Gresh. Sigue teniendo esa fe en mí, y te juro que no te arrepentirás. ¿Te importa esperar un poco a que estemos allí? Entonces te daré todos los detalles que quieras.

Lemmy asintió:

—Sí, señor.

—Pues hasta la noche, entonces.

—Le estaré aguardando.

Gresh esperó para marcharse hasta que el comandante hubo traspasado el umbral del despacho del Gran Rector. Entonces dio media vuelta y caminó con paso ligero por los corredores. Bajó, a través de los túneles de ingravidez, hasta la planta baja. Desde allí, tomó un deslizador que lo condujo en unos segundos a las enormes oficinas de destinos.

No había allí muchos nuevos tenientes de su promoción gestionando destinos deseados. Pocos debían ser los que poseían derechos suficientes para conseguirlos. La inmensa mayoría tenía que conformarse con aceptar el que los computadores les asignaran.

El teniente se orientó por las dependencias, buscando el departamento indicado.

Lo encontró, después de consultar con un informador automático.

Entró en un despacho en el que estaba una bella joven, sentada indolentemente detrás de una pequeña mesa, repleta de tabuladores. Al parecer, los privilegiados excadetes no tenían que enfrentarse a frías máquinas para enterarse de sus destinos. Allí, al menos, existía un ser humano para operar la máquina.

—Buenos días —saludó Lemmy. Era la primera vez que se enfrentaba a lo que aparentemente parecía ser un civil. Aunque tal vez la muchacha tuviese un rango incluso superior al suyo. Pero vestía con prendas civiles, generosas por cierto, y como a tal podía tratarla.

—Buenos días, teniente —sonrió, encantadoramente, la muchacha.

Lemmy pudo percatarse que era más bonita de lo que a primera

vista le había parecido. Sin poderlo impedir, se sintió un tanto turbado. Más que cuando se entrevistó con el Gran Rector.

—Creo que es aquí, ¿no? —preguntó, de una forma bastante vulgar.

—Depende —volvió a sonreír ella. Parecía darse, cuenta de la inexperiencia del joven, y aquello la divertía.

Gresh sacó el certificado del Gran Rector. Ella lo leyó, y perdió casi totalmente su semblante risueño. Miró a Gresh de arriba abajo, comentando:

—Vaya, es usted uno de los privilegiados.

Gresh no contestó.

Ella se animó, ante el silencio del joven.

—Usted hace el número cuarenta y uno de los que han venido por este departamento. Le advierto, teniente, que son pocos los puestos apetecibles que me quedan. ¿Por cuál está interesado?

—Todo el mundo parece que se equivoca conmigo —respondió Lemmy, un tanta, irritado ya.

—¿De veras? —inquirió, irónica, la muchacha, haciendo rodar su silla hasta un computador grande, situado al fondo de la estancia —. Bueno, dígame cuál es el lugar placentero que desea.

Gresh aspiró hondo y dijo:

—El Cuarto planeta del sistema
Q-543
. ¿Tengo que recordarle la zona galáctica en que está situado?

Como ya conocía la reacción de asombro producida en el Gran Rector cuando mencionó aquel planeta, a Gresh no le cogió de sorpresa que la muchacha se volviera rápida hacia él, mostrándole un rostro casi pálido. Ella incluso superaba la perplejidad que viera en el Gran Rector. Y aquello no le gustó nada.

—¿Tiene algo malo ese planeta? —preguntó, lentamente.

La muchacha reaccionó, y empezó a tabular en la máquina. Pero no dijo nada.

—¿Acaso conoce
Q-543
? —preguntó Gresh, acercándose a ella, viendo cómo introducía una tarjeta perforada en la máquina.

Su petición iría instantáneamente al Centro Coordinador de las Fuerzas Imperiales. En cosa de segundos recibiría la respuesta,

afirmativa o no, además de datos complementarios para su embarque.

—Si es así, si conoce ese planeta, me gustaría que me dijese cómo es, qué ocurre con él, que todo el mundo muestra gesto de asombro, cuando le digo que deseo ir allí.

La muchacha movió la cabeza. Aspiró profundamente.

—Me parece usted demasiado gracioso, teniente. La ceremonia de hoy ha levantado su humor. Mejor será así. No, lo siento. No puedo decirle nada de Dangha.

—¿Dangha? ¿Qué es eso?

Ella se puso colorada, y se apresuró a responder:

—Lo siento, me he confundido. Quise decir
Q-543
. ¿Por qué iba a conocer detalles de un lejano planeta, entre miles que forman el Gran Imperio?

—Pero usted se extrañó, cuando lo solicité. ¿Por qué?

La máquina ya estaba escupiendo la respuesta, procedente del Centro Coordinador. Mientras la muchacha la terminaba de extraer, respondió:

—Es simple. No es lógico que nadie se busque un certificado del Gran Rector para solicitar un destino en el frente.

—¿No? ¿Qué eligieron los cuarenta y tantos que me precedieron?

—Destinos cómodos, cercanos a los lugares donde la nobleza habita —respondió la muchacha, mientras repasaba la ficha.

—No son lugares lógicos para los oficiales del Gran Imperio.

—Desde luego, pero son los ansiados por todos. ¿Por qué no pregunta a todos los nuevos tenientes que hoy, junto con usted, han recibido sus grados? Se asustaría al comprobar cuántos hubieran pagado mucho dinero por poder tener un certificado como el suyo, teniente.

Le tendió la ficha, diciendo:

—Ya tiene lo que deseaba. Aquí encontrará los detalles. Si tiene alguna duda, puede preguntarme. Yo consultaré con el Centro.

Gresh recordó que tendría a su lado al comandante Oome para solventarle cualquier duda al respecto, y negó con la cabeza.

—No hay problema alguno. Gracias por todo, señorita. Pasado mañana no estaré en la Tierra. Me gustaría…

Ella trató de sonreírle, pero sólo le salió un gesto extraño. Parecía querer pasar por amable, sin sentirse predispuesta a ello.

—¿Qué desea?

—Conocer, al menos, su nombre.

—Se conforma siempre con poco, teniente. Me llamo Frigia.

—Un gélido nombre, que no concuerda con usted. De su personalidad emana calor, fuego. Estoy seguro de que es una mujer temperamental. Incluso me extraña verla aquí, desempeñando un trabajo tan burocrático.

—¿En dónde cuadraría, mi inesperado psicólogo?

—En cualquiera de los cientos de planetas que el Gran Imperio abre a la colonización.

Frigia hizo girar su sillón, volviendo ligeramente la espalda al teniente.

—Me ha sorprendido usted hoy demasiadas veces, teniente. Su conversación me agrada; pero yo tengo mucho que hacer. Lamento que no volvamos a vernos de nuevo.

Gresh tomó la ficha, suspiró y dijo, antes de marcharse:

—Yo también lo siento. Tenemos que decirnos adiós.

—No me gusta esa despedida. Mejor, hasta la vista.

—¿Es que no puede decidirse? Primero me dice una cosa y luego otra…

—Es que, de repente, he tenido la intuición de que volveremos a encontrarnos.

Gresh rió de buena gana.

—Pues no será en la Tierra —dijo.

La entrada de tres altos oficiales en la estancia, tal vez impidió a la joven responder de una forma que seguramente hubiera sorprendido nuevamente a Lemmy.

Gresh saludó a Frigia con un movimiento de cabeza, y salió.

Regresó a su dormitorio, que encontró solo. Sus excompañeros ya lo habían abandonado. No lo sintió. Apenas había hecho amistad con ninguno de ellos. Seguramente, estarían con sus familiares, celebrando el nombramiento. Le hubiera gustado saber a dónde iba a ir cada uno.

Se encogió de hombros, y terminó de llenar su pequeña maleta con sus reducidas pertenencias, pero haciéndolo tan despacio que, cuando terminó, apenas quedaban veinte minutos para las ocho.

Entonces se apresuró a vestirse con su uniforme de gala. Se miró en el pequeño espejo, sonriendo orgulloso cuando pasó los dedos por encima del pequeño sol, indicativo de su grado.

Escuchó una ligera tos a su espalda. Se volvió. El comandante estaba bajo el dintel de la puerta, sonriendo suavemente.

—No era preciso que usaras ese uniforme, pero es igual. Toda la ciudad sabe que hoy se graduaron los cadetes, y estará llena de nuevos oficiales.

Lemmy tragó saliva, y corrió a decir:

—Si lo desea, puedo cambiarme en seguida…

—Oh, no. Es igual. Así, las chicas te encontrarán elegante.

Salieron de los dormitorios. Una vez fuera del edificio, montaron en el coche del comandante. Por el camino, dijo éste:

—Te gustará la reunión. Son todos viejos amigos míos. Saben que me marcho, y creo que me han preparado una especie de despedida. Antes de que los licores y las chicas nos turben, Gresh, te presentaré a alguien que nos acompañará. Estoy seguro de que los tres formaremos un estupendo equipo.

Gresh dejó transcurrir unos minutos. El coche se deslizaba a enorme velocidad sobre el colchón de aire que conducía hasta la ciudad. Cuando estaba entrando en ella, el teniente preguntó:

—Estoy intrigado por conocer la reacción del Gran Rector ante su renuncia, señor.

Las palabras de Gresh parecieron traerle algún grato recuerdo a Oome, pues dibujó una amplia sonrisa. Dijo:

—Fue divertido, en parte. De haber podido, el Gran Rector no hubiera aceptado mi renuncia. Claro que para eso necesitaba algún impedimento legal, cosa que no tenía. Tuvo que conformarse. Al parecer, se había acostumbrado a mí. Es un tipo de costumbres fijas. No sé qué será de él, cuando le llegue el relevo.

Mirando al frente, primero, y luego a los enormes edificios que empezaban a pasar junto a ellos, el joven dijo:

—El Gran Rector, creo, debió felicitarle, comandante.

—¿Por qué? —preguntó Oome, distraídamente.

—Por haber elegido un puesto en el frente, por supuesto.

—La verdad es que no le dije cuál es mi destino. Sólo que salía de la Tierra. A él no le interesa nada esto.

—¿No?

—Desde luego que no. Es posible que no se lo dijera porque no deseaba que me abrumara con sus preguntas.

—Creo que se hubiera alegrado, al saber que usted y yo vamos al mismo sitio.

—Sí, creo que sí. Es posible —asintió el comandante. Interiormente, pensaba que por eso no le había dicho al Gran Rector que el teniente Gresh Lemmy embarcaría con él, dos días después, rumbo al planeta
Q-543
.

El Gran Rector, en lugar de alegrarse, hubiera sumado dos y dos. No era demasiado tonto. Habría comprendido para qué deseaba Oome llevarse a tan lejano lugar al hijo de un héroe del Gran Imperio.

CAPÍTULO III

La belleza de la chica que les franqueó la entrada podía apreciarse incluso con la espesa capa de color escarlata que embadurnaba su rostro. En la mano sostenía una copa de cristal tallado, con resto de licor. Sonrió ampliamente al verles. No se molestó en preguntar nada. Se limitó a echarse a un lado, invitándoles a pasar.

Del interior surgían ruidos, voces, música y risas.

Oome se volvió, tranquilizador, hacia su acompañante.

—Esta monada debe ser Derda —explicó a Gresh—. La conozco lo suficiente, pese al llamativo color de su rostro. ¿Has perdido en algún juego, linda?

La chica hizo un mohín despreocupado. Cerró la puerta y replicó, mientras se alejaba corriendo al interior:

—Tuve que elegir esto o besar a Rupert.

El comandante se echó a reír. Empujó a Lemmy, explicando:

—Es comprensible. Rupert es un humanoide de la gama de los reptiles. Muy gracioso y sociable, pero debe ser repugnante besarle, como si se acariciara una serpiente.

Al otro lado del corto corredor, había una habitación grande, llena de gente. De ella procedía toda aquella complicada mezcla de ruidos.

Lemmy miró todo, con ojos asombrados. Había muchos seres no totalmente humanos, aunque la mayoría sí lo eran. Las mujeres estaban tan ligeras de ropas que contrastaban grandemente con los abigarrados vestidos, exuberantes de lujo, de los hombres.

Los licores corrían pródigamente entre los grupos. En un rincón, una hembra humana y algo parecido a un hombre, con largos miembros elásticos, como los de un pulpo, parodiaban una escena de amor, ante la indiferencia de los demás. En el centro, sobre un círculo de antigravidez, varias parejas danzaban al son de la sincopada música.

Gresh cerró los ojos. La atmósfera era densa y llena de calor. Sintió náuseas, y hubiera corrido lejos de allí, de no temer enfadar al comandante. Aún no comprendía para qué le había llevado a aquel apartamento.

Recordó que le había dicho que tenía deseos de presentarle a alguien.

Oome le había agarrado del brazo, y le llevaba en medio de los grupos, que charlaban y reían. El comandante saludaba constantemente.

Gresh escuchó que unas muchachas le preguntaban por él, por el elegante oficial que le acompañaba. Notó que se ponía colorado, y decidió no mirarlas. A su espalda, escuchó hirientes risas. Ignoró si él había sido el causante de la hilaridad.

Pero se olvidó de ellas cuando Oome llegó junto a un hombre grande, corpulento, quien, sentado en un diván, parecía estar contando alguna cosa graciosa a dos chicas. Ambas sólo llevaban unas cintas sobre sus caderas, y collares de flores alrededor del cuello.

Al ver a Oome, el hombre corpulento se levantó de un salto y le estrechó la mano. El comandante, señalando a Lemmy, dijo:

—Prentice, éste es el teniente Gresh Lemmy.

Prentice estudió a Lemmy de arriba abajo, como si se tratase de un objeto que podía comprar.

—Así que éste es el hijo del célebre Lemmy, orgullo del Gran Imperio.

Lemmy no supo hacer otra cosa que asentir, Oome le dijo:

—Te presento a U1 Prentice, Gresh. Es capitán especialista grupo
1-A
. Vendrá con nosotros. Ha estado varias veces en mundos rebeldes. Es un gran veterano. Si te fijas en sus métodos, personalísimos, aprenderás más en un año con él que en los cinco que has pasado en la Academia.

Gresh estrechó la mano áspera de Ul, que apretó la suya como si fuera a triturársela. Sabía muy bien que un oficial del grupo
1-A
era algo fuera de serie. Aquella clase de tropa era célebre entre todas las imperiales porque siempre era la primera en ir a un

mundo desconocido, entablar contacto con sus habitantes y dominarlos, si era preciso, por la fuerza.

Se decía que un soldado
1-A
apenas duraba en servicio activo diez años. Si tenía la suerte de llegar a alcanzarlos, era licenciado, aunque aún no tuviese treinta años. La experiencia había demostrado que perdía su efectividad combativa después de dos lustros de enfrentarse con toda clase de peligros y soportar los climas más extremos.

Ul no vestía su clásico uniforme escarlata, con las calaveras rientes sobre los hombros. Llevaba un brillante traje multicolor, que resplandecía bajo las luces de la estancia.

—Oome me había hablado mucho de ti, muchacho —le sonrió Ul, cogiendo al vuelo tres vasos que una chica pasaba cerca de él sobre una bandeja. Ella protestó, y Ul le propinó un sopapo. Entregó un vaso a Lemmy, agregando—: Celebro que te hayas unido al grupo. Si sólo tienes la cuarta parte del valor de tu padre, nos serás útil.

Lemmy se volvió hacia Oome, preguntándole:

—No me había dicho que en
Q-543
había un destacamento de tropas
1-A
, señor.

—Debí olvidarlo, muchacho —se disculpó Oome, sonriendo.

—Las tropas grupo
1-A
sólo están donde la situación es difícil o existe ley marcial —musitó Lemmy.

El comandante le miró fijamente.

—¿Y no era peligro lo que estabas buscando?

—Pues en Dangha lo tendrás, chico —rió Ul, bebiendo de un trago el contenido de su vaso.

—Vamos, bebe —le instó Oome.

Gresh escuchó la voz del comandante, lejana. Sólo cuando éste le dio un codazo pareció volver al mundo real, y se llevó el vaso a los labios. Torció el gesto ante el fuerte sabor del licor.

—Ul y yo tenemos que concretar algunas cosas, Gresh. Iremos a

otra habitación, donde no nos molesten. Puedes quedarte por ahí, y beber cuanto quieras. No te importe emborracharte. Ya te daremos algo, y mañana estarás como nuevo. Puedes elegir la chica que desees, que nadie dirá nada.

Gresh notaba cómo el calor de la bebida subía por su cuerpo, y presentía que toda ella, transformada en rojo intenso, se acumulaba en su rostro. Dijo:

—No se preocupe por mí, señor; le esperaré. Aunque…

—¿Qué te ocurre?

—¿Se molestaría si me marchara pronto?

A Gresh le fastidió la risa irónica de Ul, quien dijo:

—Al teniente no parece gustarle mi casa ni mis amigos, Oome.

Éste sonrió, conciliador.

—Es que tus amigos arman mucho ruido, Ul. Pero tan pronto encuentre una chica, se alegrará de haber venido.

Oome se alejó, seguido de Ul Prentice, después de advertir a Gresh que no se preocupara por él, si no volvía a verle, y que, si lo deseaba, podía marcharse.

Gresh se quedó con el vaso en la mano, observando cómo el comandante y Ul se perdían entre la multitud.

El apartamento de este último era grande, como correspondía a la categoría de un edificio tan lujoso como aquél. Gresh pensó que un oficial del grupo
1-A
debía ganar muchísimo más dinero que otro de cualquier especialidad.

Consideró que sería una descortesía hacia sus nuevos amigos, si se marchaba pronto. Esperaría un rato, y regresaría a la Academia. Iba a ser la última noche que pasaría en ella.

—Ese licor pierde todo su atractivo cuando se calienta en la mano, teniente.

La voz había sonado a su espalda, y Gresh se volvió.

Parpadeó cuando se encontró frente a Frigia.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar.

Ella dibujó una divertida sonrisa.

—Eso mismo puedo preguntarle yo, ¿no? Digamos que procuro divertirme del mismo modo que usted.

Gresh la observó. Frigia, aunque vestía siguiendo la moda de las demás mujeres, no era tan generosa como ellas mostrando sus encantos, aunque sí los insinuaba.

—No sabía que fuera amiga del capitán Prentice —dijo.

—¿Se refiere a Ul? Aquí nadie le conoce por su grado. Realmente, es la tercera vez que vengo a una de sus reuniones, desde que está con permiso en la Tierra. Además, apenas le conozco. Es una amiga quien me presentó a su encantador grupo. Personalmente, no conozco a Ul.

Gresh asintió. Se preguntó qué alcance tenía para Frigia poder conocer personalmente a un hombre. La veía tan cambiada, en un ambiente tan diferente a la oficina de la Academia, que Gresh empezó a dudar que se tratase de la misma chica.

—¿Quién le ha traído a usted a este antro, teniente? —preguntó Frigia.

—También ha sido un amigo. El comandante Oome quiso presentarme a Ul Prentice. Los tres embarcamos pasado mañana.

Ella asintió, y Gresh creyó notar en su semblante un gesto extraño, indefinible.

—Deja usted la Tierra con todos los maravillosos encantos que le presta la Corte Imperial. ¿No lamentará dejarla tan pronto? Es normal que los nuevos oficiales gusten de pasar unas semanas en las ciudades, luciendo sus flamantes y rutilantes uniformes. Las mujeres de la alta sociedad siempre esperan con ansia que la Academia vomite nuevas promociones. Son generosas en proporcionar a los jóvenes que están a punto de partir, en defensa del Gran Imperio, una inolvidable despedida.

—¿Usted no comparte esa opinión? —inquirió Gresh, queriendo ser osado.

—Eso no vale, en mi caso —sonrió Frigia—. Yo también me marcho de la Tierra.

—Es una casualidad que los dos la abandonemos.

—No nací aquí. Sólo he estado dos años. Partiré antes de una semana, cuando usted esté a punto de llegar a su destino, a
Q-543
.

Habían estado caminandoˆ apartando a las personas que obstruían su camino, hasta alcanzar un rincón tranquilo.

—Creo que ahora necesito beber un trago —dijo Gresh, cogiendo dos vasos de encima de una mesita y dando uno a Frigia.

—¿Cuál es el motivo?

Gresh se encogió de hombros.

—No lo sé ciertamente; espero que lo sepa antes de que acabe la noche. Brindemos por nuestro adiós a la Tierra.

Los vasos chocaron, y ambos bebieron unos sorbos. Gresh preguntó:

—¿Dónde nació usted, Frigia? Es totalmente humana…

Ella necesitó unos segundos para responder:

—Mis padres eran terrestres. Emigraron a un mundo agrícola, cerca del Borde. Tienen una granja, y pudieron pagarme un pasaje para qué conociera la Tierra.

—¿Y qué le pareció?

—Hubiera preferido no haber venido.

—No la comprendo…

—Tenía un concepto muy distinto de lo que era la capital de un imperio de mil planetas.

—¿Se siente decepcionada por lo que ha visto?

—He comprendido muchas cosas. Tal vez demasiadas. No es que la Tierra y sus inmensas ciudades no me hayan impresionado, sino que mentalmente me había forjado una imagen muy distinta a la realidad.

—Miles de millones de personas suspiran, en la Galaxia, por conocer la Tierra —recordó Gresh.

—Lo sé. Yo les diría que nunca hicieran el largo viaje, que se quedasen en sus apartados planetas, y que esa ilusión que sienten nunca sea destruida. Es mejor así.

—¿Pretende hacerme creer que será más feliz en su mundo agrícola?

—Estoy segura que sí.

—Allí, según tengo entendido, predominan las viejas leyes. Tendrá que casarse, vivir toda su vida con un hombre, y tener hijos según sistema primitivo.

Ella le miró, altiva, irritada quizá un poco.

—Yo nunca permitiría que mi hijo se desarrollase en una probeta…

Gresh iba a contestar. Lo que Frigia decía iba en contra de los

más hondos preceptos implantados por el Gran Imperio durante siglos. Volver a las costumbres atávicas era oponerse a las leyes imperiales, sabotear su constante lucha por otorgar a los humanos un lugar más elevado en la Galaxia. Si se permitían ciertas cosas en los lejanos planetas era porque aún no se habla logrado contar con los medios suficientes para impedirlo.

Entonces, un denso grupo de personas irrumpió en aquel rincón, aturdiéndolos con sus risas y bromas. Estaban junto a una entrada del elevador gravitatorio, y Gresh empujó a Frigia, sin pedirle siquiera su opinión.

La muchacha permaneció en silencio hasta que alcanzaron el terrado para vehículos aéreos, que estaba sobre el enorme edificio. Una vez allí, preguntó:

—¿Por qué me ha traído aquí?

Caminaron hasta la baranda. Abajo estaba la ciudad, rutilante en la noche, embriagadora para el placer.

Gresh se volvió para mirar fijamente a Frigia. El viento revolvía su cabello. Las luces multicolores que daban en su rostro le conferían una belleza especial, casi irreal.

—Vamos a hablar claro, Frigia. No soy tan tonto como parezco, lo siento —dijo duramente Gresh.

—No te entiendo.

—Vamos, vamos. Quiero que me expliques qué tiene
Q-543
de particular. Yo nunca escuché hablar de ese planeta hasta que el comandante me sugirió la idea de ir a combatir en él por el Gran Imperio. Parece que en la Tierra nadie sabe nada de él. Sin embargo, tú, una chica del espacio, sabes que, además de por
Q-543
, se le conoce también por Dangha.

—Me confundí entonces. Me vino a la memoria ese nombre y, sin saber por qué, lo relacioné con
Q-543
—respondió ella, secamente.

—Estás mintiendo.

Frigia hizo una mueca, respondiendo:

—Si eso es todo lo que eres capaz de decirme, me vuelvo abajo.

Gresh la tomó violentamente por el brazo cuando ella empezó a

alejarse.

—Aún tengo más cosas que decirte. Hace un momento comprendí que Dangha es el nombre del planeta que oficialmente se conoce por
Q-543
. Resulta muy extraño que tú sepas ese detalle también. Si no lo hubieras negado, no pensaría que aquí existe algo que necesita una explicación convincente.

—Me haces daño —gimió ella, tratando de liberarse de la mano de Gresh, quien aún la apretó con más fuerza—. Suéltame de una vez.

—Lo haré cuando me digas la verdad.

—No hay nada que contarte. ¿Quién te ha asegurado que a ese planeta lo llaman también Dangha?

—El capitán Prentice lo mencionó. Y él debe estar seguro porque allí irá.

Cerca de ellos estaban los vehículos aéreos aparcados. Frigia señaló uno de ellos, diciendo:

—Está bien. No sólo te lo contaré todo, sino que voy a mostrarte cosas que van a sorprenderte. Ése es mi aéreo. Allí tengo algo que te interesará.

Gresh terminó soltándola, pero sin perder totalmente la vigilancia de los movimientos de la muchacha.

Llegaron hasta el vehículo indicado por Frigia, un modelo no muy reciente, y que tenía la marca de la empresa de alquiler. Ella siguió la mirada de Gresh, y explicó, mordaz:

—No tengo suficiente dinero para poder comprarme uno.

Abrió la puerta con su codificador, y Gresh la sujetó para que no pudiera cerrarla. Frigia buscó en la guantera, mientras el teniente se preguntaba qué era lo que podía tener ella que pudiera sorprenderle tanto.

Cuando Frigia sacó las manos de la guantera, en su derecha llevaba un objeto metálico, que Gresh supo lo que era demasiado tarde.

Una onda de calor sofocante le golpeó duramente, al mismo tiempo que el pie izquierdo de la muchacha chocaba con su estómago y le hacía caer.

Desde el suelo, Gresh presenció cómo el vehículo cerraba

violentamente su puerta y se elevaba rugiendo. La partida había sido brusca, y la máquina pareció bailar en el aire unos instantes, hasta que pudo lograr estabilizarse. Entonces volvieron a tronar sus eyectores, y desapareció entre la riada del tráfico.

Gresh se levantó lentamente del suelo, más dolorido moral que físicamente. Se había dejado sorprender como un estúpido. La verdad es que no había pensado una reacción tan violenta en una muchacha como aquélla. Le había disparado con una pistola de aire a presión, de las que solían usar muchas personas para la defensa personal.

Aspiró el aire con ansia, deseando alejar de sus pulmones el huracán caliente surgido del cañón de la pistola.

Lentamente, regresó hasta el tubo gravitatorio. Se dejó caer por él. Cuando pasó por el piso de Ul, ya había tomado la determinación de volver a la Academia y dormir el resto de la noche.

Para el día siguiente, víspera de su partida, tenía muchas cosas que hacer. Entre las que llevaba en la mente estaba la de interrogar con cautela al comandante Oome acerca de
Q-543
o Dangha.

O al menos, si le quedaba tiempo, rebuscaría en los archivos de la biblioteca de la Academia. Necesitaba saber todo cuando pudiera de aquel planeta, anodino al principio y tremendamente misterioso ahora.

CAPÍTULO IV

El altavoz anunció metálicamente:

—Contacto dentro de quince minutos.

Yse calló. Al hacerlo, Gresh volvió a percibir el rítmico sonar del alma de la astronave, ahora más ronco que nunca, debido al proceso de frenado.

No tenía nada que hacer en aquellos instantes sino permanecer tendido en su litera hidráulica, con la mirada perdida en el techo de acero y sumido en sus pensamientos.

Estaban a punto de tomar definitivo contacto con Dangha, y Gresh seguía preguntándose qué iba a parecerle el planeta, si iba a resultar lo suficientemente explícito con él para aclararle en poco tiempo el secreto que él intuía encerraba.

Porque seguía como al principio, sin saber nada respecto a Dangha, si excluía algunos datos inconcretos, localizados en los archivos de la Academia, en los cuales sólo se especificaban sus características más acusadas. Era un tipo Tierra, casi un hermano gemelo del planeta capital del Gran Imperio. Existía una colonia bastante desarrollada, tipo humano de raíz indoeuropea, cuyas actividades más importantes se centraban en la minería y agricultura.

Eso era todo lo que sabía.

Antes de partir de la Tierra, y durante el tedioso viaje, intentó repetidas veces hablar con el comandante acerca de
Q-543
. Pero Oome respondía evasivamente, y procuraba cambiar de conversación pronto.

También intentó lo mismo con el capitán U1 Prentice, con peores resultados incluso. Ul le dijo que ya tendría ocasión de conocerlo perfectamente. Y ahí quedó todo.

Comprendió que, si insistía, podía levantar sospechas o terminar

pareciendo estar obsesionado con aquella idea, y desistió.

Gresh había leído mucho y escuchado bastante acerca de los grupos especiales
1-A
, aunque nunca tuvo oportunidad de conocer a los soldados que lo componían. Al primero que vio fue a Ul, y la impresión no fue demasiado mala.

Pero cuando en la astronave que les conducía a Dangha tuvo que convivir con la compañía que estaba bajo el mando del capitán Ul, su opinión respecto al grupo
1-A
quedó por los suelos.

Todos, sin excepción, parecían estar recién salidos de las prisiones imperiales, aunque tuvo que reconocer que la disciplina en ellos era férrea. Pero sus cataduras resultaban impresionantes. Los había humanoides, aunque todos bípedos, de constitución humana total. Eran; diferentes sus tonos de piel, largo de brazos y facciones.

En los ejércitos imperiales, si se exceptuaban los grupos
1-A
, no tenían acogida los humanoides. Cualquier humano podía ingresar en ellos. Sólo necesitaban haber nacido en un mundo perteneciente al Gran Imperio.

Había resultado bastante aburrido aquel viaje. Fue ron tres largas semanas confinados entre acero, saltando de un planeta a otro, dejando atrás sistemas solares, hendiendo el subespacio a velocidad superlumínica. La Tierra había quedado a cientos de parsecs.

El hogar quedaba perdido en la inmensidad de la Galaxia. Ahora tenían debajo a Dangha, sobre el cual la astronave de transporte estaba describiendo sus últimas y cerradas órbitas.

De lo que Gresh podía estar seguro de encontrar en Dangha era hostilidad. Sabía que donde existían soldados del grupo
1-A
había lucha abierta contra los nativos.

Aunque iba a estar al frente de una sección de infantería regular, sabía que forzosamente tendría que colaborar de forma estrecha con el capitán U1 y sus tropas.

Y al mando de todos, el comandante Oome, quien, con su llegada al planeta, iba a proporcionar el relevo al antiguo comandante en jefe del destacamento militar.

Según había comentado de forma burlona Oome, su colega iba a sentirse muy feliz con su presencia, y marchándose de Dangha en la misma astronave seguidamente.

El ruido de los retropropulsores se hizo más intenso.

Se escuchó un aullido y un ligero golpe pareció sacudir la astronave. Habíanse posado en la superficie de Dangha.

Aún transcurrieron cinco minutos hasta que los altavoces anunciaron la arribada. El propio comandante Oome, tomando el lugar del jefe de la astronave, ordenó a los oficiales que dispusieran todo lo necesario para el desembarco.

Gresh se liberó de las correas protectoras, y saltó del sillón. Tomó su pequeña maleta y salió del camarote. Por el pasillo se encontró con otros oficiales. Habían embarcado en una base durante una de las detenciones de la astronave. Eran veteranos del espacio y, durante los días que llevaban de viaje, no parecieron mostrar ningún interés por entablar amistad con el nuevo teniente.

Junto con ellos, Gresh bajó hasta los camarotes comunales, donde se alojaba la tropa. Allí ya los sargentos la tenían dispuesta. Cada oficial inspeccionó su sección.

Gresh sintió tentación de ordenar al sargento que indicase a varios soldados una revisión en su equipo, pero se contuvo. Tal vez por un poco de reparo. Todos los hombres eran mayores que él, curtidos en varias batallas. Consideró que debían estar cansados del viaje, y, por una vez, podía ser un poco tolerante.

Además, sabía que en el exterior no les estaban esperando con música y gallardetes. Ni siquiera ellos iban a descender de la astronave desfilando.

Estaban en un planeta donde las fuerzas imperiales debían sostener una situación difícil. No era lugar para exhibiciones ni paradas brillantes. Estaban allí para luchar por el Gran Imperio.

Fueron saliendo las secciones de la astronave, después de ascender por diversas rampas hasta alcanzar el nivel desde donde descendía la pasarela que conducía a tierra firme.

Gresh se asombró de que fuese de noche, sin saber el motivo de su extrañeza. Siempre había creído que iban a posarse en el planeta

cuando aquel hemisferio estuviese alumbrado por la potente luz del astro blanco.

Pisó por primera vez la tierra batida de aquel planeta, y aspiró con profundidad su aire. Lo encontró fragante, pese al olor mezclado de aceites y combustibles quemados. Pero era insignificante su proporción, si se tenía en cuenta que en la Tierra solamente podía respirarse un aire decente en los edificios, gracias a los purificadores.

Cuando su sección se hubo detenido en el lugar correspondiente, quedando todas a la espera del comandante Oome, Gresh comenzó a inspeccionar el lugar.

Era un triste puerto del espacio aquél. Apenas contaba con las mínimas instalaciones para que generosamente pudiera llamarse así.

La oscuridad que lo rodeaba era total.

La astronave era bañada por la potente luz procedente de unos postes metálicos, situados cerca de un edificio gris de sólo dos plantas. Esforzándose un poco, Gresh descubrió la elevada torre de comunicaciones. Un señalizador rojo coronaba su cúspide.

En aquel momento, un vehículo se detuvo con violencia al pie de la astronave, descendiendo de él un hombre uniformado de rojo. Era comandante, y Lemmy pensó que debía tratarse del que Oome estaba a punto de relevar. Era bastante mayor y, pese a la distancia, comprendió que tenía el gesto cansado, aunque en sus ojos parecía brillar una luz. ¿Era de alegría por marcharse de Dangha?

Bajó Oome de la astronave, seguido del capitán Ul, yendo ambos al encuentro del comandante en jefe del planeta.

Gresh no pudo escuchar lo que dijeron, a causa de la distancia. Los dos jefes se saludaron fríamente, de la forma más protocolaria posible. Se volvieron para mirar las tropas recién desembarcadas y luego montaron en el vehículo, que se puso en marcha y se perdió en la oscuridad en cuestión de segundos.

Ul se había quedado, y gritó a los oficiales que hicieran avanzar sus soldados hasta una fila de camiones que entonces Gresh descubrió estacionados cerca del edificio gris.

Cuando los camiones estuvieron llenos con los soldados, la caravana se puso en marcha.

Gresh escuchó las protestas de los soldados ante la incomodidad

de aquellos medios de transporte puestos a su disposición. Y tuvo que estar de acuerdo con ellos. Eran máquinas viejas y necesitaban una limpieza desde hacía tiempo.

Pero olvidó aquello Gresh para prestar su atención al paisaje que los faros de los camiones le ofrecían. La carretera era pésima, y el bosque parecía estar bastante alejado de ella.

Entonces pasaron por delante de una verja metálica, alta, y en la que campeaban bien visibles los letreros advirtiendo el peligro de tocarlas bajo peligro de desintegración. Una fuerte vigilancia custodiaba la entrada, armada hasta los dientes y provista de potentes reflectores.

El pequeño puerto del espacio estaba, al parecer, bien cuidado.

Cuando se hubieron alejado de él unos kilómetros, en el oscuro horizonte empezaron a surgir Una serie de luces.

Tenía que ser la ciudad que, según le habíaˆ contado Oome, se llamaba Ghaburg, y era prácticamente la única existente en el planeta. En ella radicaba el centro comercial de toda la extensa región habitada. El resto de Dangha estaba deshabitado.

Gresh se había acomodado junto al conductor del camión, un tipo silencioso, y que lucía los galones de cabo. Delante de ellos, el vehículo que llevaba a los dos comandantes parecía haber perdido velocidad. La caravana lo había alcanzado demasiado pronto, si se tenía en cuenta que había partido del puerto del espacio mucho antes.

De pronto ocurrió algo que Gresh no supo al principio identificar. Luego comprendió que se trataba de varias explosiones.

Se produjeron detrás de él, y la onda expansiva impulsó el camión en que viajaba unos metros más adelante.

Entonces el conductor pisó los frenos y Gresh estuvo a punto de partirse la cara contra el parabrisas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Baje! —gritó el cabo, abriendo la puerta de su lado y saltando al suelo.

A Gresh siempre le habían dicho que confiase en los veteranos. Aquel cabo parecía llevar mucho tiempo en Dangha y conocer sus peculiaridades, por lo que no se hizo repetir el consejo y se tiró a la carretera.

Entonces comprendió lo que había pasado. Dos de los camiones

que marchaban detrás del suyo habían volado por los aires. Los demás se habían detenido, y de ellos bajaban los soldados.

—¡Al suelo! —le volvió a gritar el cabo.

Desde la gruesa grava, Gresh vio cómo de los árboles que flanqueaban a bastante distancia la carretera partían trazos de intensa luz cegadora. Varios soldados cayeron al suelo, convertidos en brasas pestilentes.

—Son los cochinos aislacionistas —masculló el cabo, a su lado, mientras sacaba su pistola de la funda y le quitaba el seguro.

El coche que encabezaba la caravana había frenado más adelante y empezaba a dar marcha atrás. Entonces los disparos procedentes del bosque se dirigieron contra él.

Gresh cerró los ojos, pensando que Oome y el comandante a punto de ser relevado iban a desaparecer del mundo de los vivos en segundos.

Pero no ocurrió así. Los rayos de energía se estrellaron contra el blindaje del coche, resistiendo su poder destructor.

El teniente Lemmy se hizo cargo de que ya estaba donde él quería, en un planeta $el Gran Imperio, en el cual tenía que luchar para defender la integridad de éste. Escondidos entre los árboles del bosque estaban sus enemigos. No sabía quiénes eran. Sólo comprendía que disparaban contra ellos, que habían matado ya a varias docenas de soldados, y él, como oficial, tenía que actuar para defender a sus hombres supervivientes.

Junto a los camiones estaban los soldados, pegados al terreno e incapaces de moverse. Distinguió a los hombres de su sección. Estaban casi todos.

Les gritó que se reagruparan. Cuando empezaron a moverse, se arrastró hacia ellos. Los distribuyó por los lugares que consideró más idóneos, y les ordenó que abriesen fuego contra los sitios de donde partían los disparos.

Al mismo tiempo que su sección, del final de la caravana inmovilizada empezó a producirse un movimiento de tropas.

Aunque la visibilidad no era muy buena, Gresh supo que aquellos soldados eran los especialistas del grupo

1-A

. Al frente de ellos, el capitán U1 Prentice los conducía hasta el bosque.

El vehículo de los comandantes se detuvo a su altura, chirriando los frenos. Bajó Oome, que se arrojó al suelo junto a Gresh.

—Bonita bienvenida —gruñó el comandante, observando la situación.

Gresh sólo pudo asentir. Vio que los soldados de U1 estaban empezando a alcanzar el bosque, y gritó a los suyos que dejasen de disparar.

—Ese U1 estaba deseando entrar en combate —comentó Oome, sonriente—. Compadezco a los que caigan en sus manos.

Pero mucho antes que los soldados del grupo
1-A
llegasen al bosque, los disparos que partían de éste cesaron.

Entonces pudieron dedicarse a inspeccionar los daños. Gresh y otros oficiales ordenaron a los sargentos que destacasen vigías a lo largo de la carretera para prevenir otro posible ataque, y se encendieron los reflectores, que empezaron a barrer los contornos.

Los soldados de U1 regresaron. El capitán fue en busca de Oome, diciendo:

—No hemos visto a nadie, señor —resopló.

Gresh notó que sus ojos estaban inyectados en sangre, y las manos se le crispaban en torno al fusil de rayos láser.

El comandante hasta entonces de Dangha dijo a su sucesor:

—Éste ha sido el ataque más temerario realizado hasta la fecha por los aislacionistas. Nunca se atrevieron a tanto.

—¿Es que nuestra llegada les ha envalentonado, comandante Teilh, o nos está mintiendo? —preguntó Oome duramente.

Teilh se mordió los labios. A su posible y dudosa contestación se adelantó Ul, explicando:

—Esa gente, por supuesto, debe ser buena conocedora del terreno. Se esfumaron apenas empezamos a aproximarnos a ellos. De todas formas, creo que su ataque ha fracasado.

—¿Por qué lo cree así, capitán? —inquirió Teilh, señalando los soldados muertos en las explosiones.

—Indudablemente, el esfuerzo del enemigo iba encaminado a eliminar al comandante Oome… y a usted al mismo tiempo, comandante Teilh.

Oome asintió:

—Sí, es posible que las cargas fueran destinadas a nosotros,

colega. Debieron retrasarse en explotar —sonrió, mordaz—. De lo que no hay duda es que mi llegada no ha satisfecho a los nativos.

Los muertos eran doce en total, y fueron colocados en uno de los camiones. Los heridos, que se elevaban a más de cincuenta, aunque todos levemente, se apretujaron en los otros vehículos.

—Podemos continuar. No creo que nos molesten de nuevo —dijo Oome, haciendo una indicación a Teilh para que le siguiera al coche —. Por supuesto que le debemos la vida al estupendo blindaje de su vehículo particular, Teilh.

Éste esbozó una sonrisa, respondiendo:

—Que desde ahora será el suyo. No dude que le servirá de mucho. A mí, particularmente, me ha salvado en más de una ocasión la vida, sin contar con hoy.

—Estoy ansioso por cambiar impresiones con usted, una vez que lleguemos a la fortaleza.

Esto último lo escuchó Gresh, antes de que los dos comandantes subieran al vehículo. Torció el gesto y regresó junto a su sección.

Tal como había pronosticado Oome, alcanzaron la ciudad primero, que cruzaron por los arrabales, y llegaron a la fortaleza sin que sucediera ningún nuevo incidente.

A la vista de ella, Gresh no pudo reprimir sentirse impresionado. Su mole, casi de total acero, se levantaba oscura e imponente en la noche, coronando una elevación del terreno desde el cual la ciudad quedaba completamente dominada.

Antes de entrar en la fortaleza, Gresh comprobó que ninguna edificación, árbol o roca existía a menos de mil metros de sus muros. Todo el terreno alrededor de la enorme construcción aparecía raso como la palma de la mano.

Los camiones pasaron por un túnel que multiplicaba por mil el estrépito de los vehículos. Desembocaron éstos en un enorme garaje, en donde se detuvieron. Allí ya les esperaban unas ambulancias, que rápidamente se hicieron cargo de los heridos. De los muertos se ocuparon unos hombres vestidos de negro, que los cargaron en un deslizador de igual color.

Los sargentos se ocuparon de conducir los soldados a los dormitorios. Un oficial de la fortaleza se presentó ante los tenientes, y les pidió que le siguieran. Fue dejando a cada uno en su dormitorio.

Una vez solo, Gresh echó un vistazo a la reducida estancia. Sólo tenía una cama baja y estrecha, una alacena, dos sillas, una mesita y una puerta que, cuando la abrió, supo que conducía a la cabina de aseo. Nunca había visto en su vida una tan pequeña. Era, empero, suficiente. Un soldado del Gran Imperio no precisaba de más.

Un soldado de la fortaleza le llevó su maletín, y Gresh comenzó a sacar sus escasas pertenencias. Sólo tenía la ropa que llevaba puesta. En el almacén de la base le entregarían el día siguiente cuanto necesitase.

La puerta de su dormitorio se abrió y alguien entró. Gresh se volvió, enfadado, pensando que se trataba de nuevo del mismo soldado. Iba a reprenderle por entrar sin llamar, cuando se encontró frente al capitán Ul.

—Me han dicho que la cantina está abierta para los oficiales, teniente. Le invito a una copa —dijo.

—Cuando llegamos, sólo tenía hambre; pero ya he perdido el apetito —contestó Lemmy.

U1 sonrió ampliamente.

—¿Es que el recibimiento que nos han hecho se lo ha quitado?

—Es posible. Sólo deseo descansar ahora. Mañana sí le aceptaré su invitación.

U1 le miró detenidamente por unos segundos. Sonrió al cabo, y dijo, antes de salir:

—Como quiera. Comprendo que es su primer servicio, y todo es nuevo y duro para usted. Pronto se aclimatará. Yo esperaré al comandante a que termine su charla con Teilh, en la cantina. No creo exista mejor sitio en toda la fortaleza que ése. Adiós.

Gresh se quedó mirando la puerta cerrada cuando U se hubo marchado. Lo único que le hubiera gustado en aquel momento habría sido asistir a la entrevista de Oome con el comandante Teilh.

Se encogió de hombros y empezó a desnudarse parí introducirse en la cabina de aseo.

Mientras recibía la reconfortante lluvia de agua helada, llegó a la conclusión de que iba a necesitar más días de lo que esperaba para empezar a comprende mejor aquel planeta.

Cuando consideró qué estaba lo suficientemente limpio, abrió el paso del aire caliente.

Salió de la cabina y miró con deseo la cama. Entonces

comprendió que estaba terriblemente cansado. L tensión que había padecido arriba en el espacio, esperando el momento de entrar en contacto con Dangha, luego, el asalto de los llamados aislacionistas, resultaron hechos agotadores.

CAPÍTULO V

Oome entró en el despacho detrás de Teilh, y cerró un tanto violentamente la puerta, quedándose sobre ella apoyado y mirándolo todo con ojos críticos.

—Siéntese, comandante —dijo Teilh, mientras él lo hacía junto a una mesa de escritorio.

—No está nada mal instalado, Teilh —dijo Oome, sacando de su pitillera un cigarrillo.

Teilh señaló un archivador electrónico situado detrás de él.

—Ahí encontrará todo cuanto necesite saber de este planeta… y que yo he podido compilar —dijo. Luego, señalando una serie imponente de aparatos colocados ordenadamente junto a la puerta por la que entraron, agregó—: Aunque en la fortaleza existe un centro coordinador, yo, desde aquí, puedo desconectarlo y hacer que me obedezcan todas las unidades destacadas en Dangha.

Oome se sonrió. Viendo que su colega enarcaba las cejas como si le estuviese preguntando a qué venía aquello, respondió:

—Veo que usted ya se ha acostumbrado a llamar a este planeta como lo hacen los nativos.

—Sí. Dangha es más sencillo que el engorroso

Q-543

.

Usted también terminará llamando a éste condenado planeta Dangha.

—Ya lo hacía desde antes de salir de la Tierra.

Teilh gruñó algo incomprensible.

—Espero que lo encuentre lodo en orden, comandante. Por aquí tengo los papeles dispuestos para que los firme cuando lo estime oportuno. Me supongo que deseará inspeccionarlo todo antes de hacerlo, ¿no?

—Supone bien.

—Sinceramente, Oome, yo no esperaba el relevo hasta dentro de dos años. Su llegada, mejor dicho, el anuncio de ésta me ha cogido un poco de sorpresa.

—Es natural. Usted aún esperaba sacar mayores ganancias de este planeta. Ha perdido tres años. Mucho tiempo ha necesitado para darse cuenta de que puede volver rico a la Tierra, retirarse del ejército y vivir una gran vida.

El rostro de Teilh se enrojeció.

—No me gustan sus palabras, comandante —dijo, secamente.

Oome empezó a sonreír, y casi terminó riendo.

—Puede dejar de fingir conmigo, Teilh. Sé perfectamente que, durante estos últimos meses, ha obtenido una gran ganancia a costa de esta gente. Nadie le pedirá cuentas porque Dangha es un planeta sometido a la ley marcial y, en tal situación, nosotros, los militares, estamos facultados para actuar como queramos.

Teilh aspiró profundamente.

—Parece que ha estudiado mucho a Dangha desde la Tierra.

—No puedo negarlo. Cayeron en mis manos unas fichas, de esas que nadie lee, y llegué a la conclusión de que éste es un buen lugar para que yo termine también mi carrera. Pero no estaré mucho tiempo. Apenas un año. En ese tiempo pienso obtener diez veces más que usted en cinco.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿No teme que le delate a los mandos cuando regrese a la Tierra?

Oome negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Cómo iba a hacerlo? No puede denunciarme sin perderse usted al mismo tiempo. Yo, en cambio, aún no he hecho nada, y sí estoy en condiciones de enviar un comunicado a la Tierra diciendo que Dangha sí ha podido pagar sus tributos al Emperador. Si no lo ha hecho ha sido porque usted se ha guardado este dinero. Sé que su comercio es próspero, y que usted ha sido, tal vez, el principal causante de esta situación. Los nativos siempre se mostraron díscolos, pero nunca llegaron a la osadía actual. Su comportamiento, comandante, ha sido decisivo para que tomen las armas. ¿Qué pretenden los llamados aislacionistas? ¿La independencia? Es muy difícil que la consigan. Sólo pueden alcanzar, al cabo, dos cosas: llamar la atención del Gran Imperio y que una comisión especial sea enviada…, o ser destruidos en su

totalidad, si persisten en hacernos la guerra.

Teilh se incorporó y sacó de un mueble una botella y dos copas, que llenó con un líquido azulado. Dijo:

—Debe probar este licor. Le gustará. Es la bebida nacional de Dangha. Lo llaman diske. Creo que es una deformación lingüística de *whisky*. Tendrá que acostumbrarse a él —sonrió—. Al menos, por un año. Yo regresaré al escocés, que es mi preferido.

—Auténtico escocés es bebida de millonarios o cortesanos favorecidos *en la Tierra —apuntó Oome, tomando una copa y oliendo previamente su contenido.

Teilh hizo chocar suavemente su copa contra la de Oome.

—Estoy seguro de que ambos podremos comprar mucho escocés en la Tierra, comandante. Aunque usted tendrá que esperar algún tiempo.

Bebieron, y Oome dijo:

—Soy paciente. Al menos, por un año. Celebro que hayamos llegado a un entendimiento, comandante.

—Llámame Teilh a secas. Seremos los amigos perfectos; sólo por unas horas. Nunca llegaremos a no estar de acuerdo en todo. ¿Qué deseas saber, que no esté computado en el archivador?

—Todo lo preciso para sacar a los nativos el máximo de dinero posible.

—Eres ambicioso. Puedes estropearlo todo. Si no se acaba pronto con este estado en Dangha, la Tierra puede sospechar, que los comandantes que ha tenido han sido unos ineptos.

—Nunca llegarán a tal cosa. Son cientos de planetas en el Gran Imperio los que crean problemas. No creo que sean más de diez personas las que sepan que Dangha existe. Todo lo tengo bien calculado.

—De todas formas, no debes precipitarte. Aun siendo moderado, sacarás en un año dinero bastante para que no puedas gastarlo en toda tu vida. Me resultas simpático, Oome, a pesar de que has manipulado tus amistades en la Tierra para que anticiparan mi relevo y te enviasen a ti en mi lugar.

—Lo lamento. Entonces no te conocía.

Teilh rió fuerte.

—¿No hubieras procedido de igual forma de haber sido yo amigo tuyo de la infancia?

—Es mejor que no te conteste. Mantén la duda, y serás más feliz. En cuanto a la necesidad de fuertes sumas de dinero, te puedo explicar que viene conmigo un capitán del grupo
1-A
que está al tanto de todo.

Teilh movió negativamente la cabeza.

—Yo nunca actuaría con un socio. Es peligroso. Cuando son dos, siempre están pensando en una cabeza de turco, en alguien que al final se le puedan echar todas las culpas. Ese capitán y tú os podéis destruir mutuamente.

—Nada de eso. Ambos tenemos el tipo adecuado para terminar felizmente con todo esto.

Teilh volvió a llenar las copas. Insinuante, preguntó:

—¿Puedo saber algo al respecto de tu plan?

El comandante Oome miró a su interlocutor de hito en hito, estudiándolo profundamente. Al final pareció decidirse por hablar.

—¿Has oído hablar alguna vez de Gresh Lemmy?

—Claro que sí. Su muerte fue debidamente aprovechada para elevar al máximo el heroísmo de los soldados del Gran Imperio. Lemmy fue más útil, realmente, muerto que vivo.

—Exacto. De vez en cuando es bueno que surjan héroes. Es un hecho estupendo para ser aprovechado por los demás. Pues bien, Teilh, yo tengo a su hijo bajo mis órdenes.

—Los hijos de los héroes siempre se encuentran con el insalvable problema de tener que superar las hazañas de sus padres. Acaban siendo aniquilados por el recuerdo.

—Exacto. Como yo consideré este fatal desenlace, pensé que podía sacar algún provecho al destino inexorable del joven Lemmy. Consideré su forma más hermosa de dejar esta perra vida. Incluso ya tengo pensado un bello epitafio para su tumba.

—Hay que reconocer que eres un hombre precavido.

Oome apuró el resto de la segunda copa. A través del cristal, miró a Teilh. Le vio deformado, y aquello le hizo gracia. Rió bastante, y el otro pensó que podía tratarse de un pensamiento gracioso, del cual, sin conocer su índole, podía participar.

—Ésa es mi gran cualidad —dijo Oome—. Mi querida Teilh, ahora puedes sacar esos papeles para que los firme. Mañana, a primera hora, te espera la astronave para devolverte a la Tierra.

Dispondré que mis soldados especiales vigilen el camino hasta el puerto del espacio para que los aislacionistas no puedan intentar nada contra ti. El capitán U1 se encargará personalmente de ello.

—Gracias. Recordando lo que nos pudo pasar al venir aquí, no me sentía muy tranquilo, la verdad.

—Pues llena las copas y brindemos otra vez. Mañana te veré partir desde aquí —y señaló Oome una gran pantalla de televisión que ocupaba toda una pared.

—Te agradezco que no me hagas demorar la partida revisando y contando todo cuanto hay en la fortaleza.

—Es igual. Si falta algo, ya haré yo que mi posible sucesor no se dé cuenta de nada.

—Realmente, está todo en orden.

—Y yo me ocuparé de que así siga.

Las copas volvieron a vibrar, y los dos hombres tornaron a sonreír, aunque cada uno lo hacía de distinta forma.

* * *

—Mueve un poco la imagen hacia la derecha, Ul.

La petición de Oome fue ejecutada al instante por el capitán. La pantalla mostraba la carretera que conducís al puerto del espacio. Sobre ella corría a gran velocidad el coche blindado que la noche anterior saliera ileso de la descarga energética de los emboscados aislacionistas.

Delante de él, tres carros ligeros de combate. Atrás media docena.

—Espectacular escolta —comentó, irónico, Oome.

En su mano tenía un vaso con diske. Teilh le había dejado en el despacho una buena provisión. A falta de algún licor auténticamente terrestre, era un buen sustituto.

En el horizonte, delante de los primeros rayos solares de la estrella blanca, empezaba a aparecer el puerto del espacio. Brillando como un huso de plata, podía distinguirse la astronave.

En aquel momento se produjo un repentino movimiento en la escena que mostraba la pantalla visora. La carretera por la que circulaba la caravana pareció hundirse en el suelo primero y luego saltar por los aires.

El coche blindado voló, convertido en millones de pedazos.

Ninguno de los blindados sufrió el mínimo desperfecto.

—Te felicito, Ul. La explosión se produjo en el instante exacto —sonrió Oome.

Ul asintió complacido.

—Gracias. Mis hombres son eficaces en estas cuestiones. Lo difícil fue sintetizar un explosivo como el que usan los aislacionistas. Es una fórmula muy rudimentaria.

—Pero era preciso hacerlo así. La Tierra no dudará que se ha tratado de una acción más de los terroristas. El hecho, incluso, nos ayudará porque amparará cualquier clase de represalias que realicemos.

Quedaron en silencio, observando cómo una densa columna de humo se elevaba del cráter producido en medio de la carretera. De los blindados habían bajado algunos hombres, que regresaron pronto al interior de ellos, al ver que su ayuda de nada servía ya. Poco después, la escolta emprendió el viaje de regreso a la fortaleza.

U1 cerró la pantalla y se volvió hacia el comandante. Preguntó:

—¿Era preciso eliminar a Teilh?

—Desde luego. Al principio guardaría silencio en la Tierra, mientras gastase el dinero que se llevaba y que, por desgracia, se ha perdido junto con su desaparición. Pero luego sería una constante molestia para nosotros. No ha conseguido demasiado, y algún día se le hubiera acabado. Entonces nos lo pediría. Es mejor así.

—Tú siempre tienes razón en estas cosas, Oome —el rostro de U1 se tornó duro, al agregar—: Pero te aconsejo que no te pases de listo conmigo. Yo no soy Teilh.

Oome sonrió.

—Deja de ser suspicaz. Aunque yo sea el cerebro en este asunto y toda la idea haya sido mía, te considero como mi igual a la hora del reparto. Tendrás tanto dinero como yo. Por lo tanto, no sentiremos envidia el uno del otro.

—Pero yo podré gastarlo antes que tú o viceversa.

—Entonces tendremos que procurar que sea tanto que ni tirándolo se nos acabe en mil años —rió Oome.

—Es una buena medida —replicó Ul, sentándose frente a la mesa. Su gesto fue preocupado cuando preguntó—: ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Cuáles son tus primeras medidas?

Oome se restregó los ojos. Los tenía cansados. En toda la noche no había dormido. Despidió pronto a Teilh, y se quedó solo allí, escuchando los informes recogidos en el archivador electrónico.

—Ese Teilh ha sido pródigo proporcionándonos informes acerca de Dangha. Anoche se sintió tan conmovido por mi comprensión que no dudó en entregarme sus fichas personales acerca de la forma como obtenía sus beneficios de los nativos. No está nada mal, pero creo que yo podré mejorar el sistema. Teilh era demasiado blando, realmente.

»Ahora, con esta situación constante de atentados, me será sencillo actuar con una mano severa. Tengo entendido que cierta parte de la población no está conforme con las actividades de los aislacionistas. Es posible que comprendan que, por la fuerza, no conseguirán doblegar al Gran Imperio. Tengo una lista de sus hombres más calificados. Son todos grandes comerciantes, mineros, agricultores y artistas. Están por encima de la plebe, que, al parecer, es la que integra el ejército de aislacionistas. Pienso hablar con ellos, ganarlos para nosotros.

—¿Qué conseguirás?

—Dividir para poder hundir las manos en sus riquezas con más facilidad. Al principio tendré que engañarlos con buenas palabras, y actos que encubran mis verdaderas intenciones. Luego, cuando sea tarde y se den cuenta, la población estará dividida… y arruinada totalmente.

—¿Y después?

Oome abrió sus brazos. Dejó caer sus manos sobre la mesa y dijo:

—Entonces entrará en función la segunda y definitiva parte de mi plan. Como no la tengo aún totalmente definida, te ruego que conserves un poco de paciencia. Con gusto te la diré, llegado el momento.

—¿Y el joven Lemmy?

—Su cometido comenzará hoy mismo. Antes de partir de la Tierra dejé una nota suya, falsificada, desde luego, que, una vez que los noticieros la publiquen, los románticos llorarán a gusto ante sus estremecedoras frases. Y todos conocerán, a su debido tiempo, a Dangha. Pero para entonces será tarde. El drama se habrá consumado.

—Tal como me ordenaste anoche, he colocado al teniente Lemmy como uno de loˆ oficiales que mandarán las acostumbradas patrullas.

—Bien. Tengo entendido que aún los soldados del Gran Imperio pueden permitirse el lujo de pasear por las calles de la ciudad con la luz del día. El teniente Lemmy estará de patrulla hasta el mediodía. Luego se le dará permiso hasta la medianoche. Sentirá curiosidad y querrá pasear solo.

—Eso sería invitar a los aislacionistas a eliminar a un oficial del Emperador…

Oome movió la cabeza.

—Ya he dado órdenes a la emisora local para que transmita una nota en la que se informe que el hijo del glorioso Gresh Lemmy está destinado en Dangha. Su fotografía se transmitirá también. Esta noche, todos los nativos sabrán cómo es el rostro de Gresh.

ˆ•Deberíamos prohibir que saliera esta noche. O, al menos, que transite por lugares poco frecuentados.

—Nada de eso. Los aislacionistas son gente, deben serlo, bastante sentimentales. La romántica imagen del hijo de un héroe, aunque sea enemigo, deberá conmoverlos. Si son listos, actuarán como espero. No esta noche, sino en otra ocasión.

—¿Y si fallas en tus previsiones?

—Siempre tengo recursos para enmendar equivocaciones.

CAPÍTULO VI

Gresh salió por la tarde de la fortaleza, dispuesto a conocer lo que aquella mañana no había podido ver a sus anchas a causa del servicio. Ir de patrulla en un vehículo blindado, acompañado por soldados veteranos en Dangha, huraños y desconfiados, no era el sistema más apropiado para hacerse una idea de cómo era la ciudad.

Antes de salir de la fortaleza, había conocido la trágica muerte del comandante Teilh. Un odio inmenso le inundó. En aquellos instantes, hubiera dado todo lo posible por tener en sus manos a los asesinos cobardes que habían preparado la emboscada. Habían resultado más despreciables que los que la noche anterior asaltaron la caravana con los refuerzos. Al menos, en esa ocasión no se contentaron con provocar las explosiones, sino que se atrevieron a disparar.

Pero la muerte de Teilh había sido fría, calculada. Por los alrededores no se encontró nada en veinte kilómetros a la redonda.

U1 había comentado a los oficiales que se estaba ideando un aparato para detectar las cargas explosivas de los aislacionistas con la suficiente antelación como para poder prevenirlas.

La ciudad, desde el vehículo blindado y a través de los visores, le había parecido a Gresh grande y carente de belleza, monótona. Las calles rectas, bien trazadas, llevadas a la práctica desde los planos por gentes más preocupadas por labrarse un porvenir por medio del trabajo duro e intenso que impulsadas por un deseo de procurarse una urbe hermosa y cuidada en sus más mínimos detalles.

Pero lo que le había parecido bien trazado urbanísticamente debía tratarse de algo más reciente, perteneciente a una época en la que los nativos, descendientes de emigrantes terrestres, alcanzaron en Dangha un nivel de autosuficiencia alto. Alrededor de los barrios

modernos se alzaban otros, pertenecientes a la época dura, en la que lo primordial era procurarse un techo bajo el cual cobijarse.

Aquel sector, según sus instrucciones, no debía recorrerse si no era en grupos de varios coches blindados.

Gresh se limitó aquella mañana a visitar los barrios en los cuales las gentes no parecían tener aspecto de esconderse en los bosques para disparar contra los jefes imperiales.

Caminando, llegó hasta la ciudad en poco más de media hora. La carretera que conducía a ella desde la fortaleza no pasaba por los barrios viejos. Le llevó directamente al centro comercial, a los sectores donde vivían los que disfrutaban de un medio de vida superior al nivel normal.

El sol blanco se ocultaba perezosamente en el horizonte. Gresh notó algo de calor, pese a todo. Y esta sensación se hizo más intensa cuando pasó por delante de algunos establecimientos de bebidas. En su bolsillo tintineaban algunas monedas. En todos los planetas del Gran Imperio circulaba la misma moneda.

Entró en uno que le pareció bastante lujoso y estaba muy concurrido.

Su presencia no se hizo notar hasta que se sentó junto a una mesita. Entonces comprobó Gresh que todo el mundo se volvía disimuladamente para mirarle. Después de una ligera observación, volvían a sus cosas como si no les interesara. Pero Gresh sabía que los nativos comentaban su presencia allí.

Una camarera se acercó a él, visiblemente disgustada por tener que servirle. Sin decir nada, se quedó quieta, esperando su orden.

Gresh la miró. Pensó en sonreír, pero desistió. Nada le hubiera desagradado más que recibir una gélida y silenciosa contestación.

—Algo fresco para beber —pidió.

—Concrete, por favor —dijo la muchacha—. No puedo adivinar su preferencia.

Gresh se mordió los labios. La respuesta de la chica no había podido ser más descortés, según su criterio. Pensó que si en toda la ciudad iba a encontrar semejante animosidad, lo mejor que podía hacer era regresar a la fortaleza.

—Traiga dos corkes helados. Al teniente le gustará nuestra bebida local.

El teniente supo en seguida que conocía aquella voz. Antes de

volverse para mirar a su dueña, sus labios ya estaban pronunciando:

—Frigia.

Ella, sonriente, se sentó frente a él.

—¿Le molesta que me haya sentado, teniente? No parece muy sorprendido al encontrarme aquí.

—Debí comprender, cuando se le escapó el nombre de Dangha, que usted estaba íntimamente relacionada con este planeta.

—Antes de despedirnos, empezamos a tutearnos. ¿Lo olvidó?

—No, desde luego. Podemos volver a hacerlo, aunque dudo que aquí podamos sostener ningún tipo de amistad.

—¿Por qué? Yo le ofrezco la mía.

—Tal vez sus compatriotas se lo censuren.

—No lo creo…

—Es natural que así sea. No debe ser bien mirada una mujer que sostenga cierto tipo de amistad con un soldado del Gran Imperio. Ahora mismo, todo el mundo nos mira de soslayo. Sobre todo, ese grupo de jóvenes.

Y Gresh señaló a varios muchachos que estaban junto al mostrador. Eran los únicos en el establecimiento que les miraban sin disimulo alguno.

—Son mis amigos. Estaba con ellos. Ya saben que le conocí en la Tierra. ¿Le sorprendería si le dijera que le admiran?

—¿Por qué tenían que admirarme?

—Oh, vamos, teniente. No crea, ni por un momento, que somos un montón de gente inculta. Comprendemos que muchos soldados no están por su gusto en este planeta. Usted, por ejemplo, lo eligió pensando que aquí serviría a su patria de la mejor forma. Lo que no comprendo es por qué prefirió Dangha a cualquier otro mundo, en donde existe lucha abierta contra sus habitantes.

—Dangha es tan bueno como otro cualquier planeta —respondió Gresh.

La camarera regresó con las bebidas. Colocó la de Gresh con cierto desprecio. No hizo lo mismo cuando sirvió a Frigia, a quien sonrió amistosamente.

Cuando la camarera se hubo retirado, el joven observó:

—Me he equivocado; el hecho de estar conmigo no hace que la miren con desprecio.

—Todos conocen perfectamente mis pensamientos. Si estoy

hablando con usted, será porque tengo algún motivo especial.

—Entonces, sus pensamientos deben ser firmes. ¿Está del lado de los aislacionistas?

—No hablemos de este asunto. Estropearíamos el encuentro.

—Como quiera. Entonces, hablemos de usted. ¿Qué hacía en la Tierra?

—Ya se lo conté. En parte, realmente, no le mentí. Mi padre es un importante terrateniente. Pudo pagarme el pasaje a la Tierra, pese a los fuertes tributos que le ofrecía al anterior comandante.

—Teilh no podrá disfrutar el merecido descanso.

Las palabras duras de Gresh encerraban un significado que Frigia comprendió. Dijo:

—Sé que murió esta mañana —alzó la mirada del vaso para mirar al terrestre, añadiendo con vehemencia—: Estará pensando que los aislacionistas lo prepararon todo, ¿no?

—¿Acaso no es así? Cuando llegamos, también fuimos objeto de un ataque.

—Estoy segura de que aquella noche sí tuvieron intervención los aislacionistas, pero nada tienen que ver con lo de esta mañana.

Gresh sonrió agriamente.

—No diga tonterías, Frigia.

—Sigue sin querer tutearme, ¿eh?

—Lo siento. Procuraré complacerte.

—Esto está mejor…, Gresh. Mis amigos sienten por ti cierta admiración. Me preguntaron si no había otro destino mejor para el hijo de Gresh Lemmy que éste. Les gustaría saber por qué elegiste Dangha. ¿Quién te lo propuso?

Gresh miró a la muchacha en silencio. Podía haberle dicho que fue el comandante Oome. Pero prefirió que ella pensara que fue por iniciativa propia.

—Leí registros de este planeta. Es todo.

Frigia bebió de su vaso.

—Mientes muy mal.

—Tú tampoco lo sabes hacer demasiado bien. Algunas veces te creo, pero comprendo que no dices la verdad absoluta.

—¿Puedo decirte algo?

—Desde luego.

Frigia respiró con profundidad. Parecía que le costaba bastante

pronunciar lo que de su garganta pugnaba por salir.

—Llegué unos días antes que tú. Temí por ti.

—¿Acaso sabías del intento de ataque que sufrimos?

—Lo presentía. Corre el rumor de que los aislacionistas están dispuestos a todo. No temen al nuevo comandante ni a las tropas especiales recién llegadas. Tienen armas.

—Gracias por preocuparte de mí. —Gresh empezaba a sentirse verdaderamente molesto. Los amigos de la joven seguían mirándole, y varios de ellos habían abandonado el mostrador y se acercaban lentamente hacia ellos. Se levantó y dejó sobre la mesa las monedas que importaba la consumición—. Tengo que irme. Debo estar en la fortaleza antes de la medianoche.

—Gresh —ella permaneció sentada, pero le miró fijamente, queriendo retenerle con los ojos—. No debieron dejarte salir esta noche. Es demasiado pronto. No conoces esto.

Lemmy se sintió ofendido.

—Soy ya lo suficiente mayorcito para cuidarme por mí mismo.

Frigia señaló a los hombres que se habían detenido a unos pasos de la mesa. Susurró:

—Yo he intentado convencerles. Es cierto que te admiran, pero no por eso dejan de considerarte como un enemigo. Para ellos ésta es una magnífica ocasión para desprestigiar al hijo de un héroe del Gran Imperio.

Gresh no comprendió del todo las palabras de Frigia. Pasó delante de los hombres y alcanzó la puerta. Caminó despacio, intentando demostrar que no se marchaba precipitadamente.

En el exterior, las luces de la calle se habían encendido. Era casi de noche. Encima de las construcciones divisó la mole negra de la fortaleza.

Empezó a caminar, cuando sintió que una mano le tocaba en el hombro. Se detuvo y se volvió lentamente. Uno de los amigos de Frigia estaba frente a él. Era alto y fuerte. Los demás habían salido también del bar, aunque permanecían a unos metros de ellos. Por encima del hombro del hombre que le había hecho detener vio a Frigia apoyada sobre la salida del establecimiento.

La calle estaba desierta, no era de las más concurridas de la ciudad. Al final de ella cruzaba una avenida. Los vehículos y transeúntes que la frecuentaban no podían verles.

—Sé que usted es el teniente Lemmy —dijo el hombre—. Me llamo Coorh.

—¿Qué desea?

—Decirle que no nos alegramos de que haya venido a Dangha, teniente. Su presencia nos molesta. No es por usted, sino porque su apellido pesa demasiado.

—Explíquese.

—Estamos seguros de que siempre Dangha ha sido para la Tierra un número olvidado en los computadores y archivos, del que sólo se ocupaban ligeramente para enviar suministros de vez en cuando. Pronto se dará la noticia de que usted está aquí. Los noticieros sensacionales tas propagarán la nueva. Y todo el mundo hablará de
Q-543
o Dangha. Es posible que, a la larga, esto sea bueno para nosotros, pero, por ahora, no nos interesa que así sea.

—No entiendo qué pretende diciéndome esto.

—Solamente advertirle que no juegue a emular a su padre. Ni usted ni la situación son las mismas que se combinaron para convertirlo en un héroe.

—No es mi intención superar lo que hizo mi padre. Es más, no me creo capacitado para ello —respondió Gresh, sintiendo una irritación cada vez mayor.

—De eso estamos completamente seguros, teniente. Le observamos mientras charlaba con Frigia, y llegamos a la conclusión de que usted es sólo fachada.

Gresh apretó los labios y crispó los puños.

—Debería… debería hacer que se arrepintiera de lo que dice.

Coorh sonrió con insolencia.

—Puede hacerlo. En su cinturón lleva un dispositivo de alarma. Úselo y en unos segundos tendremos aquí una patrulla. Puede detenerme y darme una paliza, con la ayuda de sus hombres.

—No necesito a mis hombres para eso.

La sonrisa de Coorh se acentuó aún más. Sus compañeros se aproximaron, rodeándoles.

—¿Insinúa que está dispuesto a pelear conmigo? No me haga reír. Es una treta para tener un cargo importante en mi contra. Pegar a un oficial en Dangha, con la ley marcial, supone la ejecución inmediata. Juega con ventajas, teniente…

El puño derecho de Gresh salió disparado contra el mentón de Coorh, que cayó al suelo. Mientras se levantaba sin dejar de sonreír, dijo:

—Se escuda detrás de ese uniforme, de su grado…

Rojo de ira, Gresh se quitó a manotazos sus cintos y casco, que arrojó al suelo, junto con su pistola energética.

—Ahora estamos iguales. Sólo espero que sus compañeros no intervengan —dijo Gresh.

—No lo harán —dijo burlonamente Coorh—. Éste será un día feliz en mi vida, teniente. Espero que respete su promesa de no hacer valer, después, su posición de conquistador.

—Le repito que somos iguales ahora…

La reacción de Coorh fue fulminante. Saltó sobre Gresh y le colocó dos puñetazos contundentes. El teniente recibió el primero, demoledor, y apenas si pudo esquivar el segundo.

Retrocedió un poco y observó a su contrincante, quien sonreía satisfecho por lo que él creía iba a ser una fácil victoria. Uno de los muchachos gritó:

—Teniente, se nos olvidó que Coorh es campeón de combate de la ciudad.

Los demás rieron. Frigia permanecía muy seria, sin moverse.

Coorh avanzó hacia el terrestre y dijo:

—Supongo que su padre de usted valdría mucho más. De lo contrario, no me explico cómo llegó a ser un héroe.

Gresh se mordió los labios. Ahora comprendía que su actitud era totalmente errónea. Un oficial nunca debía abandonar su rango, rebajarse hasta el extremo de aceptar una lucha callejera. Pero ya no era el momento de arrepentirse. Tenía que dejar para más tarde las recriminaciones. Ahora tenía delante a un hombre que sabía emplear los puños.

Tenía que vencer.

Recordó todo cuanto aprendió en la Academia en el arte de la defensa. Como un rayo, se precipitó sobre Coorh. Adelantó las manos y pudo colocar dos golpes certeros en el cuello e hígado del danghanita, quien debía conocer aquel arte lo suficiente como para preparar sus músculos y no sentir demasiado el dolor.

Pero Gresh notó a su enemigo algo disminuido en sus facultades, y volvió al ataque con redoblados ímpetus.

Sin embargo, Coorh era más duro de roer de lo que pensaba. Se recuperó pronto, y de la defensa pasó al contraataque. Lemmy sintió que una lluvia de golpes científicos caía sobre él, y tuvo que trastabillar hasta adquirir una posición más adecuada.

Los dos luchadores comprendieron que eran expertos, y que no valían en aquella lucha los amagos y golpes propios de novatos. Ambos decidieron recurrir a la más pura ciencia, y se emplearon con ella a fondo para reducir al contrario.

Gresh comprendió que la fatiga y el cansancio le empezaban a dominar. Los brazos le pesaban terriblemente, y temía que iba a poder seguir de pie por poco tiempo.

A través de un espeso velo, vio a Coorh, y su estado le animó un poco. El otro no estaba mejor que él. Sus golpes y la tensión le habían mermado también un mucho sus disponibilidades de poder continuar la lucha.

Ambos avanzaron para encontrarse en medio de la calle. Cuando empezaron a cruzarse los flojos golpes, una luz cegadora les rodeó. Los espectadores, amigos de Coorh y clientes del establecimiento, que habían salido, curiosos, echaron a correr.

El teniente no tuvo que alzar la vista para comprender que un volador de patrulla descendía sobre ellos. Lo hizo a unos diez metros, y de sus entrañas salieron varios soldados que, con movimientos bien ensayados, tomaron posiciones en distintos puntos de la calle.

Un sargento se acercó a los luchadores. Se quedó con la boca abierta al descubrir al teniente. Aún más sorprendido estuvo cuando observó que carecía de sus insignias. Empezó a comprender, y dijo:

—Lo siento, teniente. ¿Desea subir?

Gresh asintió. Notaba un espeso y seco nudo en la garganta. Un soldado entregó al sargento los cintos, el casco y el arma de Lemmy, que recogió.

Gresh subió al volador. Desde dentro vio cómo a Coorh le empujaban al interior varios soldados, sin ningún miramiento.

Cuando el volador hubo despegado, Coorh intentó sonreír con su labio superior partido. Pudo decir:

—Reconozco que sabe pelear, teniente. Es posible que sí pudiera emular a su padre. Si le dieran la oportunidad, claro.

Gresh cerró los ojos. No supo qué replicar.

Ahora empezaba a darse cuenta del error que había cometido.

CAPÍTULO VII

Oome nunca había pensado en que las cosas iban a desarrollarse de forma tan precipitada. No le gustaba demasiado que así fuera; pero tampoco le producía un gran desagrado que los acontecimientos se adelantaran.

Ganaría tiempo.

Deseaba dejar, de una vez por todas, las cosas bien claras.

Y aquel momento era ideal para hacerlo.

Primero fue una sugerencia velada de los ediles de la ciudad, al acudir aquella mañana a atestiguarle su total apoyo. Era algo que protocolariamente debían hacer, pero Oome estaba seguro de que entre ellos había más de un aislacionista.

Oome les agradeció su visita de una forma intencionadamente fría. Hacía apenas unas horas que el anterior comandante, Teilh, había muerto, y tenía que demostrar una actitud semejante.

Añadió a los ediles que deseaba concertar una entrevista con los principales personajes de la ciudad, en la que pensaba explicarles sus proyectos. Entonces los ediles se apresuraron a comunicarle que estas personas también estaban ansiosas de cambiar impresiones con él.

Al final quedó acordada una reunión para las primeras horas de la tarde.

Y ahora tenía Oome delante a unos cincuenta danghanitas. No faltaba entre ellos ningún rico minero, importante granjero o notorio industrial. Se había asegurado bien de ello.

Previsoramente, Oome había ordenado que la sala de juntas de la Fortaleza se acondicionase para la reunión. Aquella estancia contaba con visores de televisión, que escudriñaban hasta el último rincón desde el centro de control, además de observatorios invisibles para soldados armados, en el caso de que los reunidos quisieran aprovechar el momento para intentar quitar de en medio

al nuevo enviado del Emperador en Dangha. Pero esto último era imposible, ya que al entrar los detectores se habían asegurado de que ninguno de ellos portaba un arma energética o de otra clase.

Después de decir algunas palabras infladas de patriotismo y alabar la gesta del Gran Imperio en la Galaxia, Oome ya no perdió más el tiempo, para ir derecho al asunto importante:

—El Gran Imperio está disgustado, empero, con Dangha, señores. Es evidente que los tributos a que está obligado este planeta no están acorde con los gastos de protección que soportamos. Por el contrario, últimamente, las aportaciones disminuyen considerablemente. Pero lo peor de todo es cierta animosidad por parte de una minoría extremista, que, ofuscadamente y sin sentido, no cesa de incordiar a nuestras tropas.

Oome miró de reojo al capitán Ul, quien difícilmente podía ocultar una burlona sonrisa. Regresando su atención a los nativos, Oome prosiguió:

—Este planeta se distingue por su producción agrícola, sus riquezas en uranio… y gemas de hielo.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre los danghanitas. Se miraron los unos a los otros, sin atreverse siquiera a respirar.

—Sí, me han oído bien —repitió Oome—. He dicho gemas de hielo. El Gran Imperiosa sabe que este mundo, hace muchos años, antes que llegaran las tropas imperiales, extraía gemas de esa clase, tan escasas en la Galaxia. Ustedes las vendían a los planetas de libre comercio del Borde Extremo. Lo hacían tacañamente, deseando que no se descubriera tal exportación. Cuando nosotros llegamos, la venta se interrumpió.

Paseó la mirada por encima de los asistentes, con desprecio.

—Eso es alta traición al Gran Imperio. El Emperador me ha mandado a mí, con la orden de que este estado de cosas no continúe así por más tiempo. Como ven, su secreto ha sido descubierto. No pueden negarlo porque tenemos las evidencias suficientes para demostrarles que apenas si vendieron en el Borde Extremo un diez por ciento de la producción de un siglo, el tiempo que permanecieron aislados.

»Y que, por lo visto, es lo que desean algunos locos entre ustedes: volver a quedarse solos, para seguir vendiendo las gemas de hielo a quien les plazca. Sus planes de conseguir, gracias a esos

beneficios tan fabulosos, una prosperidad alta y rápida para Dangha deben ser olvidados. Antes que nada está la fidelidad al Emperador, el deber sagrado que con él contrajeron sus antepasados. ¿Es que han olvidado que fueron terrestres y que pudieron llegar hasta aquí gracias a la protección de las tropas de un emperador anterior al actual?

Oome estudió a los nativos. Sus palabras los habían dejado anonadados, paralizados en sus asientos. Extendió los brazos, y dijo, con vehemencia:

—Ésta es una reunión de la que espero surja un entendimiento total y duradero entre nosotros. Quiero decir que pueden hablar libremente cuanto deseen. No se guarden nada. Expónganme sus opiniones. Díganme, en definitiva, si la razón no está de mi parte, que es la del Gran Imperio y su Emperador.

Tuvieron que transcurrir unos minutos para que uno de los congregados se levantase. Era de edad madura, cabellos canos y tez muy bronceada.

—Me llamo Bruam. Soy propietario de una mina al sur de la ciudad. Una mina de carbón y otra de hierro. En realidad, en lugar de su propietario, soy su administrador. Conozco todos los yacimientos del planeta, y nunca escuché decir que aquí existieran gemas de hielo.

Oome golpeó con rabia en la mesa con el puño.

—Déjese de tonterías, Bruam. He dicho que estoy dispuesto a dialogar, a planificar el futuro, y no a discutir un hecho que para mí no tiene la menor duda.

—Déjalo, Bruam —dijo otro nativo, levantándose también—. No es el momento de discutir, como bien dice el comandante, sino de aclarar las cosas. Hasta ayer tuvimos un comandante ladrón, que se contentaba con robarnos cuanto podía. Ahora debemos saber lo que pretende el nuevo jefe militar en Dangha.

—El comandante Teilh murió asesinado esta mañana por los cobardes aislacionistas —dijo Oome—. No puede defenderse de sus calumnias, señor…

—Brenel es mi nombre, comandante. Y no retiro nada de lo dicho. En cuanto a que fue objeto de un atentado de los aislacionistas, he de manifestarle que, aunque esta muerte con placer la hubieran planeado los patriotas, éstos para nada han

intervenido.

—Muy seguro parece estar de sus palabras, Brenel —sonrió Oome—. Parece conocer muy bien a los aislacionistas.

—Tan bien como cualquier otro danghanita —respondió, altanero, Brenel—. Si digo que los aislacionistas no fueron los autores del atentado es porque ellos ya no sentían ningún interés en Teilh. Es un enemigo que, al marcharse, dejaba de serlo. Ya robó lo suyo. Lo importante ahora es usted, comandante Oome. Nos gustaría saber la cantidad que tiene en mente robarnos.

—Sus palabras son duras. Podrían costarle caras.

—Usted nos aseguró que teníamos libertad, al menos por unos momentos, para hablar claro. Si le molesto, puede detenerme y ejecutarme. Su antecesor ya asesinó a varios de los nuestros por mucho menos.

Oome se rascó la barbilla. Había pensado que aquella entrevista no iba a ser sencilla, y no le cogían desprevenido las palabras de Brenel.

—Y sostengo mis palabras. Pueden decir lo que quieran, aunque les comento que no toleraré insultos.

—No tiene por qué haberlos. Ahora estamos esperando sus peticiones, comandante Oome —dijo Brenel.

—Son muy simples. Según los cálculos comparados, ustedes vendieron en el Borde Extremo gemas por valor de unos mil millones de unidades imperiales. Con tal dinero terminaron de edificar esta ciudad, modernizar sus minas y campos, además de otras cosas. Incluso adquirieron una flota de naves estelares que…

—Esas naves nos fueron robadas cuando llegaron los primeros soldados del Gran Imperio —se apresuró a apuntar Bruam.

—Fueron confiscadas. No es legal poseer naves, si no se dispone de una licencia de navegación.

—La solicitamos. Nunca recibimos la menor respuesta. Las naves terminaron convertidas en herrumbre, con el paso de los años. Nos condenaron a tener que depender de ustedes para cualquier clase de contacto con otros planetas. Y así han pasado más de cien años. La Galaxia ya se ha olvidado de que existe Dangha.

Oome sonrió, un poco conciliador.

—Es cierto que, a veces, la burocracia tiene sus fallos. Pero éste es un tema que no viene ahora al caso. En resumen: Señores, el

Gran Imperio reclama diez mil millones de unidades estelares, créditos, como les llaman en muchos sitios. Dangha, por lo tanto, tiene una importante deuda que saldar en el plazo de un año.

Esta vez no quedó un nativo sentado. Todos se levantaron y agitaron, nerviosos. El propio Brenel impuso el debido silencio, y dijo a Oome:

—Supongamos que es cierto que en otras épocas hemos extraído gemas de hielo, y que vendimos algunas porque necesitábamos dinero galáctico. Pensemos, por un momento, que, cuando ustedes llegaron, nuestros antepasados guardaban algunas, pero nunca en la cantidad que usted supone, comandante. Eso es una locura.

—Locura o no, ésa es la cantidad en dinero que ha fijado el Imperio. Deben pagar en metálico… o en gemas.

Pesadamente, los nativos se fueron sentando. Sólo quedaron en pie Bruam y Brenel. Este último dijo:

—Daría todo lo que tengo por saber si verdaderamente el Gobierno de la Tierra está al tanto de su petición, comandante, si es cierto que es él quien nos hace semejante y disparatada solicitud.

Oome cruzó cansinamente sus brazos sobre el pecho.

—Me obligan a llegar a una situación desagradable, señores — dijo Oome—. Sus palabras me ofenden, pero las olvidaré, teniendo en cuenta que están muy excitados. No tiene importancia quién ha dictado la orden. Recuerden que deben entregarme a mí las gemas o el dinero equivalente.

»No deben olvidar que su situación es muy delicada. Acaba de morir un comandante, gobernador militar en Dangha, cuando estaba a punto de marcharse, después de haber cumplido con su misión. Comprenderán que debo enviar un informe al Alto Mando, notificando que fue asesinado por un grupo de exaltados. Es indudable que recibiré altos poderes para atajar el movimiento secesionista, y de mis actos no tendré que dar cuenta a mis superiores.

»Es posible, incluso, que reciba permiso Especial. ¿Saben lo que eso significa?».

Su mirada paseó sobre los asistentes, comprendiendo que ninguno de ellos, como esperaba, comprendía el significado de aquellas palabras.

—Se lo explicaré —dijo Oome, saboreando su triunfal situación

—. Se trata de una orden que a veces el Alto Mando de las Fuerzas Imperiales otorga a los jefes militares de planetas insurrectos. Sencillamente, puedo detonar la atmósfera de Dangha, partir con mis tropas y regresar a los cuarteles, sin tener que informar a cuáles causas se debió mi decisión. Todo es muy sencillo, como comprenderán.

Un helado silencio se extendió sobre la sala. Todos los danghanitas parecían estar paralizados, como si se hubieran convertido en estatuas. Oome agregó:

—Por supuesto que tal medida sería muy desagradable para mí. Me gustaría que todos ustedes colaborasen con el Gran Imperio, que realizasen un gran esfuerzo para compensar al Emperador sus desvelos por este planeta.

»Hasta me atrevería a sugerirles que el desagradable incidente del comandante Teilh podía ser olvidado. Nadie me impediría que, más adelante, en vista de su buena voluntad, redactase un nuevo informe, en el que explicaría que posteriores investigaciones han confirmado que la muerte de Teilh se debió a un incidente fortuito, en el cual ningún nativo tuvo la menor culpa.

Brenel gruñó:

—Creo que mis compatriotas y yo hemos comprendido perfectamente su postura, comandante.

—Lo celebro. Tenía intención de aclarar las cosas en esta reunión. Desde que llegué a Dangha, sentía enormes deseos de conversar con ustedes. Siempre dije que la gente civilizada se entiende, utilizando buenas palabras.

—Es indudable que se ha expresado con verdadera claridad —dijo, mordaz, Bruam.

Un ordenanza, en contra de las órdenes dadas por Oome, entró en la estancia. El comandante pareció querer fulminarle con la mirada. El pobre soldado se puso colorado, pero tuvo el suficiente valor como para acercarse a él y susurrarle algunas palabras al oído.

Oome apretó los labios, y dirigió su mirada irritada hacia los nativos. Aspiró hondo, y pareció reponerse ante la inesperada noticia recibida. Abandonó su estrado, y se enfrentó con Brenel, a quien dijo, iracundo:

—Mi buena voluntad hacia ustedes, señores, se ve, desde mi llegada, entorpecida por la estupidez de los nativos. Usted es

Brenel, ¿no? —Antes que el aludido pudiera asentir, Oome agregó —: Su hijo acaba de ser arrestado por agredir a uno de mis oficiales.

—No es posible… —musitó Brenel.

—Así es. Se investigará el hecho para determinar las culpas.

Brenel palideció intensamente.

—Coorh no es capaz de semejante locura.

—Todos los demás pueden abandonar la fortaleza. Quédese usted, si lo desea, Brenel. Deseo demostrarle mis buenas intenciones. Interrogaré al oficial que fue agredido para conocer los motivos que impulsaron a su hijo a cometer tal acto. Le aseguro que, si existe la menor posibilidad, seré benévolo con él. No olvide que este planeta sigue bajo la ley marcial.

Sin decir nada más, Oome salió de la estancia, seguido del capitán Ul. Mientras, los atónitos nativos fueron desfilando delante del consternado Brenel, camino a la puerta de la derecha.

En el pasillo, Oome preguntó al ordenanza dónde estaba el teniente Lemmy. Le respondió que en su mismo despacho.

El comandante entró en él violentamente. Gresh, al verle, se puso en pie y se cuadró.

—Espero sus explicaciones, teniente —dijo Oome, secamente.

Gresh tragó saliva y respondió:

—No tengo excusa, señor.

—Sólo sé que tuvo una pelea a puñetazos con Coorh, el hijo de Brenel. No ha sido muy oportuno, precisamente. El padre está esperando cerca de aquí, y necesito darle una respuesta inmediata.

—En realidad, la culpa fue mía, señor. Yo consentí en desprenderme de mis atributos de oficial para cambiar golpes con el llamado Coorh.

Oome paseó alrededor de la estática figura de Lemmy. Apreció los golpes que el joven lucía en su rostro. Debió ser una pelea feroz.

—¿Es que no me comprende? —preguntó, irritado—. Le he pedido que me diga de qué acusa usted a Coorh, no que le defienda. No podemos permitir que los nativos sepan que un oficial admite su culpabilidad en un incidente con un danghanita.

—Es que ésa es la verdad, comandante. Mi deber fue no admitir la pelea y marcharme de allí… o detenerle.

—¿Por qué no hizo lo último?

Gresh no respondió.

—Ya —dijo Oome, consultando con la mirada los burlones ojos del capitán U1—. Me estoy imaginando lo que pasó. Ese Coorh le dijo que usted se amparaba en el grado y uniforme, por lo que no dudó en convertirse en un civil para pelearse con él como un vulgar campesino. ¿Me equivoco?

Gresh asintió con la cabeza y pudo murmurar:

—Es cierto, señor. Lo lamento. Pero no puedo sostener una acusación contra Coorh. Es más, le ruego que sea puesto en libertad inmediatamente.

—¡Está delirando, teniente! Si hago semejante cosa, seremos el hazmerreír de todo el planeta —estalló Oome.

—El padre espera, comandante —recordó Ul.

Oome se pasó las manos por la cara. Sentía deseos de golpear al teniente, de matarlo. Con su estúpida actitud, le colocaba en una situación que no le gustaba nada. Por un lado no podía dejar libre a Coorh de inmediato y, por otro, no deseaba irritar más aún a los nativos. Optó por tomar un camino intermedio.

Dijo al capitán:

—Ve tú mismo y dile que su hijo permanecerá unos días encerrado como castigo. Dile a ese estúpido que, como prueba de mi buena voluntad, Coorh será puesto en libertad en breve. No sé cuándo, pero lo haré en unos días, cuando menos lo esperen ellos. Eso les sorprenderá y producirá un eficaz desconcierto.

U1 se marchó, y Oome se quedó mirando fijamente a Lemmy.

—No parece muy satisfecho con mis medidas, teniente.

Gresh ya se había percatado antes de que el comandante había olvidado el prometido tuteo.

—Hubiera deseado que Coorh fuese puesto en libertad inmediata, si me permite manifestarle mis pensamientos, señor.

Oome abrió los brazos.

—Estoy dispuesto a olvidarlo todo si me promete no volver a cometer más tonterías, Gresh; Confío en que de todo esto no surja nada desagradable. Por el momento no podrá salir de la Fortaleza si no es cumpliendo una orden.

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

Gresh empezó a titubear. Oome levantó la mirada, que había fijado en unos documentos y preguntó:

—¿Algo más? El asunto empieza a cansarme, teniente.

—Se trata de otra cosa distinta, señor. Es una pregunta que…

—Hágala de una vez.

—¿Es posible que un nativo salga de Dangha, que vaya a la Tierra, y permanezca en ella por dos años?

Oome entornó los ojos hasta casi cerrarlos completamente.

—No sé dónde quiere ir a parar, pero la respuesta es no, Dangha está bajo la ley marcial desde hace un año y pico. Los nativos no poseen naves estelares, y ninguno ha tenido permiso para ir a la Tierra desde hace varios lustros. Ni creo que lo tengan en mucho tiempo.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Un danghanita, al menos, ha estado en la Tierra por espacio de dos años.

—Explíquese.

Gresh empezó a arrepentirse de haber tocado aquel tema. Pero ya era tarde para volverse atrás.

—Conocí a una nativa en la Tierra. Precisamente en la Academia. Trabajaba como encargada de la sección de destinos. Luego la volví a ver por la noche en la fiesta que daba el capitán U1 en su casa. La verdad es que tuvimos una despedida un poco violenta. Ella se marchó dándome un… puntapié, cuando empecé a preguntarle cómo sabía que el planeta
Q-543
era conocido por Dangha por sus aborígenes.

»Ella lo mencionó en la Academia, y entonces no le concedí la menor importancia. Luego, al decir el capitán Prentice que nuestro destino se llamaba así, entré en sospechas. Pero a la chica pareció sentarle mal que yo hubiera sospechado de ese hecho.

»Esta tarde la volví a ver. Estaba entre el grupo al que pertenecía Coorh. Antes de la pelea estuve charlando con ella, y no tuvo inconveniente en confesarme que en la Tierra me mintió, que su padre pudo pagarle un pasaje para cursar unos estudios. ¿Qué estudios puede hacer una muchacha trabajando en la Academia? Eso me lo he preguntado repetidas veces».

—¿Dice, teniente, que esa chica trabajó en la Academia? ¿Está seguro de eso? —preguntó Oome—. Es imposible. Se necesita una

documentación en regla, cuando se trata de individuos foráneos para conseguir un trabajo en un centro militar. Debe estar equivocado.

Gresh se sintió ofendido.

—Estoy seguro, señor. No he podido equivocarme.

—¿Cómo se llama la chica? Necesito su descripción.

Gresh nunca había pensado que el comandante fuera a darle tanta importancia al asunto. Es más, había confiado en recibir una respuesta afirmativa, respondiéndole que algunas veces sí habían ido nativos a la Tierra recientemente.

Pero, al parecer, la actuación, de Frigia había estado siempre fuera de la ley.

Sin poderlo comprender, se encontró respondiendo:

—No me dijo cómo se llamaba, señor. Sus señas particulares pueden coincidir con cientos de muchachas de aquí.

—Vaya a los archivos y repase el censo femenino del planeta. Es posible que mi antecesor la haya fichado por cualquier motivo. Puede retirarse.

Cuando Gresh se hubo marchado, Oome tomó el comunicador y llamó al capitán Ul. Éste se presentó minutos después, sin ocultar su molestia por la prisa que había mostrado Oome al requerir su presencia.

—Lemmy conoció a una danghanita en la Tierra el día antes de marcharnos. Trabajaba en una sección de | responsabilidad en la Academia —dijo Oome, yendo derecho al asunto.

—Ese chico estuvo viendo visiones —rió Ul.

—Eso pensé yo. Pero luego la volvió a ver en tu casa esa misma noche. Es compañera de Coorh, y estuvo charlando con ella poco antes de la pelea. Ul, necesito que me digas los nombres de las que estaban aquella noche en la fiesta.

—Eso es imposible, Oome —respondió Ul, encogiéndose de hombros—. Han sido docenas, cientos de chicas, las que siempre han acudido a mis reuniones. Tú sabes bien que siempre aproveché los permisos para rodearme de bellezas. De lo que no hay duda es que esa chica, si frecuentaba mi casa, debe ser muy hermosa. De otra forma no la hubiera dejado entrar.

—Déjate de tonterías. ¿No recuerdas si entre las mujeres había alguna que te infundiera sospechas, que pareciera proceder de

algún planeta exótico?

—No. Siempre exigía que fueran totalmente humanas. Pero no comprendo ese interés…

—Es obvio. Si esa chica de Dangha llegó a la Tierra y pudo burlar las aduanas, es indudable que fue apoyada por una eficiente organización de este planeta, que incluso disponen de naves estelares para efectuar vuelos secretos hasta la capital del Gran Imperio. Eso, por añadidura, quiere decir que también pueden traer a Dangha armas, sin que nosotros nos hayamos enterado.

—Vas demasiado lejos…

—Me temo que incluso voy excesivamente despacio —rezongó Oome—. Esta gente, Ul, poseen gemas de hielo, tan apreciadas en toda la Galaxia, que incluso los terrestres las comprarían a los más acérrimos enemigos del Gran Imperio con tal de que sus mujeres pudieran lucirlas o regalarlas a sus amantes. Los danghanitas han podido comprar armas con el dinero obtenido por su venta y traerlas aquí en secreto.

»Esa chica ha debido estar mucho tiempo en la Tierra, que ha aprovechado muy bien. Al mismo tiempo que trabajaba en un lugar en donde podía obtener información de los movimientos de tropas, y relevos, también pudo establecer los contactos convenientes para la adquisición de armas.

»¿No resulta sospechoso que los aislacionistas supieran el día en que nosotros llegamos, cuando esto se mantiene siempre en secreto? Conocían el momento exacto de la llegada de la astronave, y nos esperaron en la carretera para aniquilarnos. Escapamos de milagro. Y para entonces ya estaba esa chica, que aunque salió después que nosotros de la Tierra, nos trayecto. Todo está claro.

El gesto risueño de U1 se diluyó en medio de un semblante de gran preocupación. Preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Oome se alzó de hombros.

—Aún no lo sé exactamente. Intentaremos localizar a la joven y hacerla hablar. Creo que los jefes de Dangha están un poco intimidados por la forma en que les hablé antes; pero también pienso que están tratando de ganar tiempo. Y eso no es bueno. Coorh puede ser uno de los jóvenes jefes activistas. No lo sé. Pero no le dejaré en libertad muy pronto. Mañana será trasladado a la

prisión del desierto. También trataremos de localizar el puerto del espacio secreto de los aislacionistas. Si han traído armas no podemos permitir que lleguen a usarlas.

U1 resopló.

—Tendremos que poner en actividad a toda la guarnición.

—Pues así se hará. Las naves de vigilancia recorrerán cada centímetro del planeta, y escrutarán todos los rincones. Una nave es difícil de esconder.

—Va a ser más difícil de lo que tú pensabas hacerse con las gemas de hielo, Oome —musitó Ul.

—Al final serán nuestras. Si los aislacionistas quieren guerra la van a tener. Nuestro chivo expiatorio está a punto. En la Tierra no se pondrán tristes cuando sepan que tuvimos que destruir Dangha para vengar la alevosa muerte del hijo del héroe imperial Gresh Lemmy a manos de los rebeldes.

Y pasó Oome la mano sobre el botón rojo, grande, que parecía relucir en medio de un panel metálico. Dijo, sonriente:

—El idiota de Teilh nunca supo lo que podía haber obtenido de este planeta si hubieran caído en sus manos los informes recibidos de los comerciantes del Borde referentes a las antiguas ventas de gemas efectuadas por los danghanitas.

—Sí, fue una suerte que nosotros lo averiguásemos —concluyó Ul.

—Y tampoco pasó por la mente de Teilh que el dispositivo que existe en los planetas difíciles, el disparador desintegrador alojado en las entrañas de este mundo, puede convertirse en el más eficaz borrador de huellas nunca conocido. Nadie sabrá nunca lo que aquí sucederá una vez que hayamos conseguido nuestros propósitos.

Y el botón rojo, como un extraño imán, atrajo la atención de los dos hombres.

CAPÍTULO VIII

Gresh estaba sentado junto al piloto. Vestía el equipo completo de combate, lo cual le parecía un poco exagerado para aquella misión tan simple…, aunque bastante desagradable.

El deslizador que utilizaban para el traslado de Coorh a la pequeña prisión del desierto, alejada de cualquier punto habitado del plano por cientos de kilómetros, había aminorado su marcha desde hacía unos minutos. Estaban entrando en una zona montañosa y era peligroso hacerlo a toda velocidad a causa de los vientos potentes que circulaban a través de los desfiladeros.

Cuando Gresh recibió la orden de encargarse del traslado de Coorh a la prisión, estuvo tentado de solicitar que otro oficial ocupase su puesto. Pero lo pensó mejor y calló. Su posición ante el comandante era bastante delicada y no resultaba prudente volver a comportarse de forma irresponsable.

Gresh se levantó del asiento y salió de la cabina de pilotaje. Atravesó el estrecho corredor, pasando por delante de la puerta en donde veinte soldados yacían en las literas. Era la escolta, excesiva a todas luces, designada para trasladar a un solo hombre.

Se dirigió hasta la cabina en la cual estaba encerrado Coorh. Un soldado armado montaba guardia delante de ella. Saludó al verle llegar.

Gresh introdujo el codificador en la ranura y abrió la puerta, cerrando tras sí.

Coorh no se levantó cuando el teniente entró. Su rostro ya estaba limpio de las huellas dejadas por los puños de Gresh.

Sin embargo, en la mirada del danghanita no parecía haber rencor. Miró limpiamente al teniente, diciendo:

—Hola, teniente Lemmy. No he tenido ocasión de decirte que luchas bastante bien. No sé cómo hubiera terminado la pelea de no haber intervenido aquel inoportuno patrullero.

Gresh se sintió embarazado. Había pensado que tan pronto Coorh le tuviese delante, le iba a dirigir algunos insultos.

—Lamento que llegaran —dijo.

—Oh, no te preocupes. Yo también lo siento por ti. Conozco un poco vuestras costumbres, y te apuesto lo que quieras a que tu comandante se puso furioso contigo cuando se enteró de que dejaste sus insignias y armas para pegarte conmigo. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Te castigaron?

—No lo hizo. Y no creo que lo haga ya. Tampoco pienso que tu estancia en la prisión sea muy larga.

—¿Por qué lo crees así?

—Tengo entendido que el comandante desea colaborar con los jefes nativos. Tu padre estaba en la fortaleza cuando te llevaron. El comandante se lo dijo, y le prometió que procuraría ser magnánimo contigo.

Coorh se echó a reír de buena gana.

—No debes ser tan inocente respecto a las buenas intenciones de tu comandante. O eres tonto, muchacho, o voy a terminar creyendo que tú no estás metido con ellos en el lío.

Gresh se sentó en el otro taburete de la cabina.

—¿No puedes explicarte?

Coorh se encogió de hombros.

—Sería muy largo de contar. Ni con el tiempo que nos queda para llegar a la prisión tendría suficiente. ¿Conociste en la Tierra a Frigia?

—Sí. Y es sorprendente que ella estuviera allí.

—Veo que has comprendido que tuvo que utilizar pasaporte falso y hacerse pasar por la hija de un campesino de un planeta agrícola estúpido, incapaz de levantarse contra el Gran Imperio.

Lemmy se humedeció los labios antes de preguntar:

—¿Eres un aislacionista, Coorh?

Los ojos del nativo relucieron.

—¿Crees que existe un danghanita que no lo sea? Si quieres matar a cien aislacionistas, sólo tienes que escoger al azar a cien de nosotros, hombres, mujeres o niños.

La respuesta llana de Coorh hizo que Gresh palideciese.

—No puede ser cierto lo que dices.

—Tú no eres de aquí, no has nacido, como yo, en medio de la opresión del Emperador. Todos los terrestres que han venido aquí únicamente pensaban en robarnos. Cada vez que llegaba un nuevo comandante era peor que el anterior. Y el de ahora es el definitivo. Los demás se contentaron con exprimirnos un poco, pero Oome pretende llevarse el fruto, cortarlo de raíz y luego matar el árbol.

Por la mirada desvaída de Gresh, Coorh comprendió que no había sido debidamente interpretado.

El nativo parecía que iba a hablar de nuevo cuando un aullido seco se escuchó recorrer todas las dependencias del deslizador. El soldado golpeó la puerta y el teniente salió.

—Alarma, señor —dijo el soldado.

Ya Gresh corría hacia la sala del piloto, y el soldado cerraba la puerta cuando el deslizador recibió el primer impacto.

Todo el aparato bailó frenéticamente, y Gresh estuvo a punto de caer. El ruido de los inyectores de energía dejó de emitir su normal ritmo, empezando a toser roncamente.

Cuando Gresh alcanzó el lugar junto al piloto, aún tuvo tiempo de ver cómo el árido suelo del desierto ascendía hacia ellos vertiginosamente.

El piloto le había visto entrar y dijo nerviosamente:

—Nos han tocado en el sistema derecho de impulsión, señor. Nos estaban esperando los muy…

Gresh se derrumbó en su sillón y apenas tuvo tiempo de colocarse el cinturón cuando el deslizador tocó con el suelo su panza violentamente.

Vio al piloto cómo se le rompía su correaje y se estrellaba de cabeza contra el salpicadero. De su cabeza salió un borbotón de sangre al estallarle.

El aparato había descendido sobre una ladera, y por ella se deslizó hasta el fondo, en donde su metal se rompió por varias partes.

Gresh salió de la conmoción. Parpadeó varias veces para alejar de sus ojos el velo gris que los cubría, y comprendió que no podía permanecer allí mucho tiempo.

Saltó por encima de la masa sanguinolenta del piloto y salió al corredor. Se dejó caer por la escalerilla metálica al mismo tiempo que varios soldados intentaban salir a través de la semiabierta

puerta de acero que conducía a su departamento.

Estaban heridos casi todos. Les ayudó a pasar por la doblada hoja de acero, y comprendió que apenas si contaba con la mitad de sus fuerzas para defender los restos del deslizador. Salió un sargento y le ordenó que volviese a la cabina de pilotaje y tratase de establecer contacto con la fortaleza o la prisión. Necesitaban recibir refuerzos urgentemente.

Luego, Gresh corrió por el inclinado corredor hasta la cabina del prisionero.

Encontró al soldado pegado a la pared de enfrente. El choque le había impedido asirse a algún sitio.

Nerviosamente entró en la celda y respiró aliviado al hallar vivo a Coorh, aunque bastante dolorido.

—Esto ha sido peor que cuando me peleé contigo —dijo el nativo.

Gresh sacó su pistola y apuntó con ella el pecho de Coorh.

—Sal de aquí. Tus compañeros no parecen querer que seas llevado a la prisión.

Cuando Coorh pasó por su lado, Gresh le colocó rápidamente unos grilletes magnéticos alrededor de las muñecas.

El nativo movió la cabeza y miró al teniente. Sonriente, le dijo:

—Es inútil que intentéis oponeros. Éste es nuestro sitio, Gresh. Aquí somos más poderosos. Será mejor que os rindáis.

El teniente no respondió y lo empujó hacia el pasillo. Apenas salieron a él cuando sonaron los primeros disparos de energía.

Al fondo del pasillo, dos soldados que trataban de huir de la parte delantera de la nave cayeron al suelo, achicharrados por varios haces energéticos.

Gresh obligó a Coorh a pegarse contra la pared, junto a una gran abertura del acero, a través de la cual se veían las piedras negras del desierto y su dorada arena. Sobre aquel paisaje, Gresh descubrió a docenas de figuras que corrían hacia el deslizador.

—Después del disparo activaron un rayo magnético. El deslizador ha caído en medio de nuestros hombres, Gresh —explicó tranquilamente Coorh.

Gresh recordó al sargento. Tal vez hubiera tenido tiempo de comunicar el ataque a la fortaleza. Pero aunque así hubiera sido, la ayuda tardaría horas en llegar.

Apretó el disparador, y un aislacionista apenas tuvo tiempo de ocultar su cabeza. La energía se estrelló contra un mamparo de acero. Gresh sabía que no se atreverían a disparar contra él mientras Coorh estuviese a su lado.

—Déjalo correr, Lemmy; nada puedes hacer. Si te empeñas en resistir sólo conseguirás que te vuelen la cabeza —dijo en voz baja Coorh.

Y Gresh pensaba que el danghanita tenía toda la razón cuando varios hombres aparecieron por el fondo del destrozado pasillo. Ya no se sorprendió al ver al frente de ellos a Frigia. La muchacha estaba armada y, al igual que los demás, avanzaba hacia él plenamente confiada en que el terrestre no iba a usar su arma contra ellos.

* * *

—Hasta dentro de un par de horas, calculamos, no sabrán en la fortaleza que el deslizador nunca llegará a la prisión —dijo Coorh, mirando a través de la ventana del camión en que viajaban por las calles de la ciudad.

Frigia conducía y lo hacía tranquilamente, mirando despreocupada las patrullas que circulaban sobre ellos a pocos metros del suelo. Gresh estaba sentado entre la muchacha y Coorh. Desde el exterior no podía ser visto su uniforme, debido a la altura de la cabina del camión. Detrás, en silencio y un poco apretados, estaban los hombres y mujeres que habían participado en el asalto al deslizador.

Allá en el desierto quedó el cañón energético automático, con el cual derribaron la nave. Estaba bien oculto, lejos del lugar del accidente. Los nativos confiaban plenamente en que las patrullas imperiales nunca lo descubrirían.

—Me parece arriesgado volver a la ciudad —comentó Gresh.

—Todo lo contrario —respondió Frigia—. No te preocupes por los supervivientes, Gresh. Serán encontrados dentro de unas horas por los tuyos y terminados de curar, No somos asesinos.

—Los hubiéramos matado de haber sido hombres del grupo
1-A
—apuntó Coorh—. Con ésos no tenemos misericordia; pero comprendemos que entre las tropas regulares hay muchos soldados

que se encuentran
aquí-sin
desearlo.

—Sois muy considerados. Pero sigo opinando que cometéis una locura metiéndoos en la ciudad —repitió Gresh.

—Se cansarán de rastrear el desierto y los alrededores antes de pensar que estamos en la ciudad —sonrió Coorh—. Y confiamos que para entonces nos encontraremos en mejores condiciones que ahora.

—¿Puedo preguntar por qué no me habéis dejado al lado de mis hombres?

—Puedes preguntar, claro; pero por ahora no hay respuesta.

El vehículo torció a la derecha y entró por una vía subterránea en la que no existía circulación. Después de unos minutos llegaron ante una puerta grande, cerrada. Se abrió al encender Frigia los faros.

Cuando se hubieron detenido en una estancia amplia, la puerta se cerró tras ellos silenciosamente.

Coorh invitó a Gresh a bajar. Al hacerlo, el teniente ironizó:

—Eres más amable como carcelero que en el papel de prisionero, Coorh. ¿Será pronto la ejecución?

—Esa clase de broma no nos gusta, Gresh —dijo Frigia, uniéndose a ellos después de disponer que los hombres que viajaban en la caja del camión se dispersasen.

—No es muy bueno el refugio. Un simple almacén que una pequeña patrulla podría descubrir —comentó Gresh, mientras caminaba en medio de la pareja.

—En su aparente vulgaridad radica su eficacia —respondió Coorh.

Anduvieron por un estrecho pasillo, abrieron una puerta situada al fondo de él y Frigia anunció:

—Nos espera el Comité Aislacionista.

En la habitación estaban seis hombres. Uno de ellos se precipitó hacia Coorh y le abrazó. Frigia susurró al oído de Gresh:

—Es Brenel, el padre de Coorh.

—¿El jefe principal?

—Son los seis.

Luego Brenel, llevando a su hijo cogido del brazo, se acercó a

Gresh, observándole atentamente.

—Bien —dijo—. Por fin conozco a quien peleó con mi hijo y, al parecer, le puso en un compromiso. Lástima; que la patrulla interrumpiera la pelea. ¿Quién hubiera sido el vencedor?

—Podemos reanudarla ahora, padre —rió Coorh.

Éste negó vigorosamente con la cabeza:

—No. Os necesito a los dos enteros.

Gresh frunció el ceño. Aquella gente parecía vulgar, habitantes sencillos de la ciudad, con sus problemas domésticos; no conjurados y jefes de una secta subversiva. Recordó las palabras de Coorh cuando le dijo que, cada danghanita era un miembro del movimiento aislacionista. Debía tener razón.

Brenel señaló sillas alrededor de una mesa redonda. Mientras se acomodaban empezó diciendo:

—Tengo que confesar, teniente, que desde el momento que supimos por Frigia que usted venía destinado a este planeta, comenzamos a forjarnos un plan en el qué; usted es pieza clave.

Gresh no se atrevió a preguntar porque aún no sabía concretamente hacia qué lugar apuntaba Brenel. Se limitó a seguir escuchando.

—No crea que estamos locos y que pretendemos romper los férreos lazos que nos atan al Gran Imperio —dijo Brenel, sonriendo tristemente—. Tener que soportar la administración de la Tierra es algo indiscutible; pero no deseamos que este estado de cosas siga existiendo por más tiempo. Nunca logramos que en la capital del Gran Imperio se nos escuchara. Así ocurrirá por muchos años. Antes de que llegaran ustedes, nuestros planes de desarrollo iban muy adelantados. Comerciábamos con los planetas de libre cambio del Borde. Gracias a la venta de gemas de hielo, pudimos levantar esta ciudad y modernizar nuestras instalaciones agrícolas y mineras. Incluso ya teníamos una base industrial cuando los soldados llegaron. Todo lo tuvimos que olvidar porque comprendimos que acabarían con nosotros más rápidamente de lo que ya, sin saber el secreto, estaban haciendo todos los comandantes que por aquí pasaron.

»Entonces nació el movimiento aislacionista, cuya finalidad no era otra sino atraer la atención de las autoridades imperiales ante el continuo robo que estábamos sufriendo. Pero esto, en lugar de

solucionar nuestro problema, lo agravó. La Tierra daba cada vez mayores poderes a los jefes militares con el fin de acabar con la revuelta. Al mismo tiempo, nuestros actos de sabotaje fueron aumentando. En fin, un círculo vicioso.

—Parece que el teniente desea preguntar algo —dijo Frigia.

—Sí —asintió Gresh—. ¿Qué son las gemas de hielo?

—Son rarísimas en toda la Galaxia —contestó Bruam, uno de los seis jefes—. Es lógico que nunca haya oído hablar de ellas. Una del tamaño de un garbanzo vale miles de créditos, incluso sin estar trabajada. Poseen energía y luz propias, además de cambiar de color constantemente. Un maravilloso adorno para las bellas damas.

—No comprendo cómo algo tan inútil valga tanto —comentó Gresh.

—Siempre ha ocurrido así. Lo raro y de poca utilidad es lo más valioso —dijo Brenel—. Pero continuemos. Poseemos algunas naves estelares, muy viejas, pero aún capaces de navegar por la Galaxia. No nos atrevemos a usarlas porque pueden ser detectadas. En dos ocasiones nos arriesgamos. Una vez para llevar a Frigia a la Tierra y la otra para recogerla dos años más tarde.

—Frigia estuvo de espía en la Tierra, ¿no? —dijo Gresh.

—Sí —respondió ella misma—. Estuve preparándome para ello. Por eso, cuando me hallé en la Tierra, no tardé en lograr un empleo en la Academia. De allí salían los nuevos oficiales con sus destinos. Al manejar los computadores conectados con el Alto Mando, estaba al tanto de los movimientos de tropas. Supe con anterioridad cuándo el comandante Oome pensaba abandonar la Academia. Investigué y averigüé que tenía establecida una especie de asociación con el capitán U1 Prentice, recién regresado de un planeta del Gran Imperio cerca del Borde. Allí se enteró U1 que muchos años atrás Dangha vendió muchas gemas de hielo, cosa que comunicó a Oome. El comandante, gracias a sus influencias, consiguió que Teilh fuera relevado y él nombrado j su sustituto.

»Asistí a las fiestas que daba U1 en su casa y me enteré de todos los pormenores del plan de ambos. Entonces decidí regresar y mandé el mensaje secreto a los míos para que volvieran a la Tierra por mí.

Brenel tomó la palabra:

—Teilh nos robó descaradamente, pero como nada sabía acerca

de las gemas, se conformó con poco. Frigia llegó varios días antes que la astronave y decidimos atacar el vehículo blindado cuando regresase a la ciudad. Así pensamos matar a Teilh y a Oome al mismo tiempo. Eso hubiera supuesto dejar solo a U1 Prentice, quien no hubiera cogido el mando. Confiábamos en que su sustituto fuera más decente y no pactara con él. Usted, teniente, tuvo la culpa de nuestro fracaso entonces.

—¿Yo? —dijo, sorprendido, Gresh—. No comprendo…

Frigia intervino:

—Ya sabían ellos —y señaló los seis hombres— que tú, Gresh Lemmy, hijo del héroe imperial, llegabas con las tropas. No quisimos que ningún vehículo con soldados sufriera daños para que no resultaras herido. Por eso pusimos pocos explosivos y el vehículo blindado pudo escapar. Tu persona entraba en nuestros planes perfectamente.

Molesto, Gresh dijo:

—No entiendo nada en absoluto.

—Es simple. Oome y U1 tienen proyectado utilizarte como factor decisivo para poder borrar de una vez para siempre las huellas de su robo cuando se hayan apoderado de las gemas. Nosotros, por el contrario, no queremos que mueras, sino que tú seas quien grite al mismo Emperador, si fuera necesario, que en Dangha existe un puñado de seres humanos, que no estamos dispuestos a seguir siendo expoliados, sino integrarnos con pleno derecho en el Gran Imperio, ya que no tenemos otro remedio.

—Ya sé lo que ustedes pretenden de mí —dijo Gresh, fríamente —. Ahora desearía saber, según su opinión, para lo que Oome y U1 piensan utilizarme. No llego a entender…

—Debieras haberlo comprendido —dijo Coorh, refunfuñando—. Legalmente y es lo que queremos, nosotros podemos explotar los yacimientos de gemas y sólo tendríamos que pagar un treinta por ciento al Gran Imperio. Para nosotros y la Tierra sería un gran negocio. Pero el comandante y U1 pretenden coger un buen puñado y venderlas a alto precio. Para que no sigamos produciendo más gemas, lo que traería consigo una baja considerable, además de que nunca se sepa en la Tierra de su robo, tenían que hacer desaparecer Dangha. Para destruir este planeta necesitan, pese a la ley marcial existente, una justificación. Y para eso te precisan a ti.

»Te matarían y anunciarían Que los rebeldes de Dangha lo habían hecho después de torturarte. La opinión pública, recordando a tu heroico padre, vería con agrado cómo este planeta saltaba por los aires, borrando así toda prueba del saqueo.

Gresh palideció. Miraba a los nativos, a la muchacha. Cerró los ojos y no quiso creer aquellas palabras, pero algo en su interior le estaba diciendo que todo era verdad.

Los abrió, se humedeció los labios y se dispuso a preguntar varias cosas que necesitaban aclaración.

CAPÍTULO IX

—No es tan fácil como parece —dijo Gresh—. Me piden una ayuda que ciertamente podría darles si me aseguro de que tienen razón. Pero queda algo muy importante. ¿Han olvidado los soldados muertos a causa de sus actividades subversivas?

—No hemos podido evitarlo. Esto es aún una lucha. Gresh —dijo Frigia, mirando al terrestre fijamente a los ojos—, hemos tenido una verdadera guerra contra el Gran Imperio. La nave que me llevó a la Tierra regresó conmigo cargada de armas modernas y poderosas. Nuestros hombres ya tienen medios para vencer incluso a la guarnición de Dangha si queremos. Pero no deseamos esto. Nuestro interés es que la Tierra castigue a Oome y Ul, restablezca el orden y nos deje trabajar en paz. Al mismo tiempo, pediremos que los miembros del movimiento aislacionista sean perdonados.

—Solicitan mucho. No sé si la Tierra olvidará que…

—¡Claro que olvidará! —exclamó Brenel—. Los cortesanos pedirán al Emperador que así sea cuando sepan que de este planeta pueden llegarles unas gemas valiosas con las que obsequiar a sus damas y ser enviados por toda la Galaxia.

Gresh movió la cabeza. Las dudas volvían a él.

—Lo ven todo demasiado fácil. Pero… ¿cómo podría yo denunciar los hechos en la Tierra? Necesito pruebas.

—Las tenemos —respondió Brenel—. Poseemos declaraciones de los mercaderes del Borde que comunicaron ya a U1 la existencia en Dangha de las gemas. Además, Frigia grabó y filmó las entrevistas sostenidas entre U1 y Oome cuando ultimaron los planes para Dangha. En y ellas concibieron la idea de matar a Gresh Lemmy para así activar el desintegrador albergado en el centro del planeta. Oome no podrá negar que él le prometió convencer al teniente Lemmy para que solicitara ir al planeta
Q-543

como única manera de ganar honores y ascensos rápidos.

Gresh alzó la mirada hacia Brenel.

—¿Por qué no presentaron ustedes tales y contundentes pruebas en la Tierra? —preguntó receloso.

—Es obvio, muchacho —respondió otro—. Los nativos de un planeta sometido a ley marcial no pueden abandonarlo. En la Tierra hubiéramos sido proscritos. Frigia tuvo que engañar constantemente para permanecer allí.

El teniente asintió en silencio.

—Tienes tiempo para pensarlo, muchacho —dijo Brenel—. Veinticuatro horas para ser concretos.

—¿Qué me sucedería si me negara? —preguntó, desafiante.

Brenel se encogió de hombros.

—Nada. Te tendríamos encerrado hasta que finalizara la lucha decisiva, en la que venceríamos y seríamos escuchados por la fuerza o… no quedaría un danghanita vivo. Claro que esto no le interesa a Oome, porque así perdería las gemas. El no sabe quiénes de nosotros saben dónde están almacenadas.

—¿Y en caso de aceptar? Veo difícil poder llegar a la Tierra.

—Nada más sencillo —dijo Coorh—. Yo sé manejar una nave estelar. Frigia, un equipo de navegantes y yo te llevaríamos ante la Corte. ¿Acaso no iba a sentir curiosidad el mismo Emperador por escuchar las palabras de un héroe del Gran Imperio? Seguramente se mostrará magnánimo y justo con nosotros por el simple hecho de haberte atraído a nuestra causa…

—No será tan fácil huir, una vez más, en una nave secreta de Dangha —aseguró Gresh.

—¿Por qué no? Cuando sus detectores nos localicen ya estaremos lejos, a punto de entrar en el subespacio.

Gresh sabía que no sucedería así. Él mismo había dicho a Oome que sospechaba que los nativos tuvieran naves. Ahora los detectores apuntaban las zonas donde se suponían existían los hangares secretos. La nave sería descubierta antes de desaparecer en el subespacio a velocidad superlumínica.

Al abrirse la puerta y, entrar un hombre, impidió a Gresh que respondiese.

—¿Qué sucede, Alf? —preguntó Brenel.

—El comandante Oome ya conoce el asalto al deslizador —dijo

el recién llegado. Su rostro se ensombreció al añadir—: En realidad lo supo mucho antes de lo que esperábamos. Ha tejido tiempo de impedir a los que estaban borrando las huellas que terminasen su trabajo. Todos están detenidos. El enemigo ya sabe que estamos en la ciudad.

Los conjurados se levantaron de un salto.

—Entonces tenemos que huir cuanto antes a los refugios secretos en los cenagales —murmuró Brenel—. Yo tendré que quedarme y confiar en que no sospechen de mí.

Alf movió la cabeza apesadumbrado.

—Salieron tropas de la fortaleza. La ciudad está totalmente rodeada. Incluso las salidas subterráneas fueron descubiertas y cortadas. Me temo que dentro de poco empezarán a avanzar hacia el centro en donde estamos.

Coorh exhaló un fuerte suspiro.

—Bueno, ha llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Si Oome quiere guerra la tendrá. Y se llevará una sorpresa.

—Estáis locos —dijo Gresh—. No podéis hacer nada contra un ejército profesional. Oome lanzará a los soldados del capitán U1 en primera línea.

—Ojalá sea así. Contra ellos no nos importará disparar —respondió, confiado, Coorh—. Nuestros hombres ya saben lo que tienen que hacer en un caso semejante. Estamos organizados. Sólo esperan una indicación para situarse en las posiciones convenidas.

—No debemos permanecer aquí. Vayamos a la estación de enlace. Desde allí daremos las órdenes.

Cuando llegaron a la estación de enlace, una estancia situada en el último piso de uno de los edificios más altos de la ciudad, uno de los hombres que allí trabajaban en medio de complicados aparatos, anunció:

—El comandante Oome está a punto de lanzar su ultimátum.

Inmediatamente se dirigió a una pantalla de televisión y la conectó. En ella surgió la cara severa de Oome. Vestía un impresionante uniforme de combate. Detrás suyo aparecían varios oficiales, entre los que se encontraba Ul, en cuyos labios flotaba una sangrienta sonrisa, presagio del combate en ciernes.

—Gentes de Dangha. Yo, el jefe militar de este planeta, con los imperiales poderes otorgados por su Magnificencia el Emperador,

me dirijo a vosotros para comunicaros que en el plazo de una hora los culpables del asalto al volador deberán entregarse. También exigimos que el cadáver del teniente Gresh Lemmy nos sea devuelto. En caso contrario, ordenaré a mis tropas que entren en la ciudad. Sabemos que en ella se ocultan los forajidos. Estamos dispuestos, según las leyes a que este planeta está sometido, a arrasar la urbe e incluso el planeta.

»Hago un llamamiento a los jefes nativos para que fuercen a los llamados aislacionistas a que cumplan mis órdenes. Además de todo esto, tienen también el mismo tiempo para entregarme, como representante del Emperador, las indemnizaciones establecidas anteriormente como pago a los daños causados a las tropas imperiales. De no cumplirse estos requerimientos, sólo ustedes, danghanitas, serán los culpables de lo que ocurra.

»El Gran Imperio nunca me perdonaría si dejara sin castigar la muerte del teniente Gresh Lemmy, hijo del héroe imperial.

La imagen se desvaneció, y Coorh comentó:

—No ha tardado ese bastardo en arrojar la máscara.

—Así es. Todo lo desea en seguida. Pero no debemos fiarnos de él. Al parecer ha perdido la paciencia. Ya ni siquiera esperará un año para hacerse con las gemas. Cree que las existentes son suficientes para él —dijo, meditabundo, Brenel—. Desea acabar pronto.

—Me cree muerto —musitó Gresh.

Frigia movió la cabeza.

—No. Sabe bien que estás vivo. Pero, oficialmente, estás muerto.

—¿Qué quieres decir?

—Que aunque te presentes ante él vivito y coleando, te matará y nos echará las culpas, como lo ha hecho con la muerte del comandante Teilh, que él mismo ordenó a sus soldados de confianza.

—Es inútil que os esforcéis en hacerme creer lo que no puede ser cierto.

—Lamentamos haber perdido el tiempo contigo, Gresh —suspiró Frigia—. Te creímos más inteligente.

—O tan tonto como estar dispuesto a ayudaros a luchar contra el Gran Imperio.

—Estás saturado con los discursos altisonantes que

constantemente os largaban en la Academia —dijo Frigia—. No es posible que en tan poco tiempo tu cerebro se haya limpiado.

—Me entran ganas de dejar que Gresh regrese junto al comandante para que éste lo maté y se convenza él mismo de una vez —rezongó Coorh.

—Lo malo es que después no se iba a poder arrepentir si no es en el infierno —dijo, melancólico, Bruam.

—Dejemos esto —decidió Brenel, haciendo una indicación para que todos se acercarán a una amplia mesa cubierta con un cristal lleno de dibujos y alumbrado interiormente—. Gresh, éste es un plano de la ciudad. Los puntos rojos son nuestras tropas. Los vigías ya nos han indicado las posiciones del enemigo, que son los triángulos azules.

Gresh miró con interés. Pronto se percató de que la situación de los soldados imperiales en su acercamiento a la ciudad no era muy buena. Los puntos rojos estaban rodeando lentamente los triángulos azules.

—Aún faltan más de cincuenta minutos para que expire el plazo dado por el comandante —recordó Gresh, viendo cómo los nativos iban cercando las penetraciones imperiales.

—Atacaremos antes —dijo Brenel—. No tenemos más remedio que hacerlo si queremos vencer. Necesitamos del factor sorpresa. Podremos ver algunas fases del combate.

Gresh se volvió y vio a Coorh, que terminaba de ajustarse su coraza reflexiva de energía, con la cual podría salir ileso de un disparo no directo. El hombre tomó un pesado fusil y saludó antes de marcharse:

—Hasta la vista, amigos. Tengo que ir junto a mis hombres. Estaré con contacto constante con vosotros.

El teniente quedóse silencioso, viendo cómo Frigia se acercaba a Coorh y le besaba rápidamente. Luego, al volverse, su rostro estaba demudado. A Gresh le hubiera gustado saber qué relación existía entre los dos jóvenes. Tal vez eran algo más que amigos. ¿Novios, esposos o amantes? Meneó la cabeza y decidió olvidar aquello. No era el momento oportuno para ocuparse de tales asuntos.

Una de las paredes estaba ocupada por una gigantesca pantalla visora, que se había encendido y mostraba una de las amplias avenidas de acceso a la ciudad. Por ella avanzaban carros de

combate imperiales y tropas.
A los diez minutos la lucha comenzó.
Los soldados
1-A
avanzaban con aparente confianza, seguros de su fuerza cuando de los flancos comenzaron a surgir rayos energéticos que convergieron sobre ellos.
Varios carros fueron convertidos en chatarra cuando los potentes proyectiles disgregadores tocaron sus fuertes blindajes, al mismo tiempo que tempestades de fuego achicharraron a los hombres protegidos en sus trajes acorazados.
A una señal de Brenel, aquella dantesca imagen fue sustituida por otra. Ahora era una arteria múltiple, que penetraba en la ciudad directamente desde la fortaleza por la que avanzaba una numerosa columna. El número de carros blindados era mayor y mostraban un orden de combate más precavido. El ataque no tardó en iniciarse.
Pero no pudo ser tan efectivo como el otro ocurrido j en la avenida, aunque sí bastante desastroso para el ejército imperial. Las tropas consiguieron reaccionar y retroceder con cierto orden abandonando las vías. Gracias a su movimiento dispersador se salvaron de una catástrofe total.
Cuando parecía que iban a volver a avanzar sobre la ciudad, de los edificios cercanos aparecieron cañones móviles que iniciaron un segundo y más feroz ataque.
Los carros blindados habían empezado a evolucionar desde varios metros del suelo cuando una fuerza muy superior los atrajo hacia la superficie. El choque fue tremendo y las máquinas reventaron, quedando convertidas en montones de chatarra.
La infantería fue presa del pánico y comenzó la huida hacia la montaña cercana en donde se levantaba la fortaleza. Pero entonces parecieron nacer de mil lugares distintas figuras embutidas en corazas de combate de color rojo que les cortaron el paso.
Gresh cerró los ojos. No podía soportar que aquellos desdichados, aunque fuesen tropas especializadas y rudas, cayeran como novatos en aquella trampa.
Volvió a mirar la pantalla y la imagen aún duró los segundos suficientes como para comprender que apenas unas docenas de fugitivos tendrían ocasión de alcanzar la fortaleza.

La escena había cambiado. Pero poco difería de la anterior. Otra parte de la ciudad. Y en ella una destrucción parecida o mayor que la anterior. Empezaron a recibirse los partes de la lucha en la sala. La voz de Coorh sonó frenética cuando dijo:

—Les hemos vencido en todos los frentes, señores. Los únicos enemigos que hay en la ciudad son nuestros prisioneros. Apenas dos centenares huyen hacia la fortaleza.

Brenel tomó la mano de Frigia y la apretó con fuerza. Todos rieron y comentaron entre sí el desarrollo del combate.

—Calmaos —dijo Brenel—. Aún queda lo más duro…

No terminó la frase. Por la pequeña pantalla por la que momentos antes habló Oome, se sucedieron una serie de destellos y el rostro del comandante trémulo, se formó para gesticular primero y luego decir roncamente:

—Malditos seáis todos, hijos de rameras. No voy a tener ninguna piedad con vosotros. Hoy no quedará ningún danghanita vivo que pueda ufanarse mañana de haber hecho retroceder mis tropas. Arrasaré la ciudad. La convertiré en un montón de ruinas. Lo haré aunque tenga que removerla luego toda para encontrar vuestras asquerosas gemas…

Soltó a continuación una serie de palabras incomprensibles y se retiró del campo de visión. Detrás de él corrieron unos oficiales muy pálidos de un lado para otro. Después, la escena se disipó y en la pantalla surgió el gris.

Brenel murmuró:

—Utilizará toda la artillería que dispone en la fortaleza. Confiemos en que el escudo de energía que deberá defender la ciudad de sus disparos sea tan efectivo como pensamos al construirlo secretamente.

—Pero Oome se convencerá pronto que tiene la partida perdida, y pensará en hacer saltar este planeta en millones de partículas —dijo Frigia.

Todos miraban con atención la pantalla que volvía a mostrarles el cruce de carreteras que conducían a la fortaleza. Sobre ellas, los danghanitas se reorganizaban.

Recogían a los heridos para transportarlos a retaguardia, tanto propios como contrarios. Centenares de edificios de la periferia habían sido destruidos. Pero todos sus habitantes habían sido

trasladados anteriormente a los refugios del centro de la urbe.

Sin volverse para mirarle, Brenel dijo a Gresh:

—Teniente, ha llegado el momento de su actuación. De su labor dependerá que miles de seres no mueran. Tenemos un canal de televisión que Oome no podrá interferir. Todos los soldados de la fortaleza le escucharán si les dice que dejen de luchar, que nosotros deseamos una tregua hasta que una delegación imperial llegue o Dangha para abrir una investigación en la que, sin duda, se descubrirá la maniobra del comandante. Cuénteles la verdad. No pretendemos que usted se una a nuestra causa, sino que sirva de intermediario ante sus superiores en la Tierra. Un aparato le trasladará a continuación hasta nuestra astronave. Volverá a este planeta con la delegación y…

Brenel terminó de volverse y se quedó con la boca abierta. No, nadie detrás suyo. Preguntó:

—¿Dónde está el teniente?

Todos se miraron confusos. En seguida comprendieron que durante unos minutos hablan estado demasiado distraídos, La abierta puerta del fondo les indicaba claramente lo que había pasado.

Haciéndose portavoz del pensar de los demás, Frigia dijo:

—Ha huido.

Corrieron hacia la salida y encontraron al vigilante caído en el suelo, inconsciente. Detrás de él la escalera que conducía a la planta baja permanecía vacía.

Brenel se precipitó sobre un comunicador y, después de establecer contacto con Coorh, le dijo:

—Gresh Lemmy ha escapado, Coorh. Es preciso que le encontréis antes de que salga de la ciudad. Querrá ir a la fortaleza y toda la zona que hay entre ella y nosotros será un lugar de muerte dentro de poco.

—Está loco —se escuchó mascullar a Coorh—. ¿No ha comprendido que hará más que por sus propios compañeros quedándose con nosotros? Si llega a la fortaleza, Oome le matará, sin duda.

Frigia casi apartó a Brenel de forma violenta y gritó:

—Debes encontrarle, Coorh; no dejes que muera.

Se escuchó la risa irónica de Coorh, que agregó:

—No te preocupes, pequeña. Procuraré que lo vuelvas a ver entero. Adiós.

La muchacha, incapaz de sostener las miradas interrogantes de sus compañeros, cruzó la puerta, saltando por encima del aún inanimado vigilante y de quien trataba de hacerle volver en sí, bajando las escaleras con precipitada desesperación.

Brenel abrió la boca para hablar, pero el comienzo del bombardeo se la hizo cerrar. El ataque procedente de la fortaleza fue intenso.

* * *

Gresh salió a la desierta calle y quedóse en medio de ella indeciso unos segundos, mientras se orientaba. Corrió hacia la próxima vía y desde allí descubrió en el horizonte, como una mole amenazadora, la negra fortaleza, pequeña en la distancia, pero no por ello menos tenebrosa.

Tan rápidamente como pudo, pero sin echar a correr, trató de superar la larga vía. Temía ser descubierto por algún grupo de aislacionistas. Su uniforme imperial era como un señuelo.

El silencio, después de la lucha, era terriblemente inquietante. De vez en cuando escuchaba cómo por otras calles cercanas pasaba velozmente un vehículo ululante. Debía tratarse de alguna ambulancia que corría al hospital con su carga dolorida.

De improviso, un sonido extraño, nunca escuchado por Gresh, cayó sobre la ciudad. Alzó la mirada y pensó por un segundo que el cielo se desplomaba. Luego comprendió lo que pasaba.

Las baterías atómicas de la fortaleza estaban disparando contra la ciudad. Los potentes rayos energéticos caían sobre ella. Pero, inexorablemente, el fuego parecía chocar sobre una barrera invisible a dos centenares de kilómetros de altura. Como si se tratara de una catarata de luz, los disparos resbalaban cegadores al igual que sobre un pulido cristal.

Pero la primera reacción de Gresh fue tirarse al suelo. Para él, el comandante Oome había decidido la destrucción de la ciudad antes que el aniquilamiento del planeta. Aún no admitía la fuerza invisible que la protegía.

Se tapó los oídos porque el fragor ensordecedor sí llegaba hasta él. Pese a todo, escuchó cómo alguien corría hacia donde se

encontraba y gritaba:

—¡Gresh!

Luces más potentes que la del sol caían sobre la ciudad. Gresh miró hacia la figura que corría, parpadeante. Creyó que se trataba de Frigia. Pensó que estaba loca, que iba a morir en medio de un fuego infernal y se levantó. Corrió con desesperación, llegó hasta ella y la abrazó, queriendo ampararla de la muerte que él calculaba no tardaría en caer sobre ellos.

Cuando la besaba ansioso, terminó por comprender que hasta la ciudad no podía llegar la destrucción que la fortaleza les enviaba.

CAPÍTULO X

Pálido como un muerto, Oome contemplaba aquel inútil derroche de energía, que desde hacía veinte minutos descargaba sobre la ciudad.

—Es estúpido insistir, señor —dijo Ul, que estaba a su lado. Sostenía entre los labios un cigarro que llevaba apagado desde poco después de comenzar el bombardeo—. Esos condenados disponen de un escudo energético muy poderoso.

Oome se revolvió, furioso, contra el capitán.

—No pueden disponer de poder para sostener esa coraza por mucho tiempo. Tarde o temprano se debilitará y podremos arrasar la ciudad.

—Dudo que a ellos le ocurra semejante cosa; más bien pienso que nuestros cañones se descargarán mucho antes. Ya me han avisado que las pilas atómicas están casi consumidas. Pasarán muchas horas antes de que vuelvan a cargarse.

El comandante se dejó caer pesadamente en un sillón.

—Tus estúpidos hombres, los célebres especialistas en exterminar revueltas, cayeron en una trampa como los más bisoños reclutas. Y yo que confiaba en ellos… ¿Qué quedan ahora? Apenas unas docenas y cientos de heridos. Sólo disponemos de las tropas regulares y éstas ya empiezan a preguntarse si no ocurre algo raro en toda esta situación.

—Nadie podía haber pensado que los nativos estuvieran tan bien organizados —protestó Ul—. El anterior comandante era un perfecto imbécil. No se percató de lo que sucedía a sus espaldas.

—Fueron listos los danghanitas. Les dejaron que robara las migajas mientras ellos trabajaban a placer —rezongó Oome.

—Sí, aquello pasó porque Teilh nada sabía de las gemas. Cuando los nativos conocieron nuestros propósitos han sacado su fuerza. Y ya es tarde, Oome. Debemos reconocerlo.

—¿Qué quieres reconocer?

—Que nuestros planes han fracasado. Lo sucedido aquí es demasiado grande. En la Tierra no se creerán nuestra versión. Es la primera vez que un planeta aparentemente atrasado pone en jaque al cuerpo expedicionario colonial. Se iniciará una investigación. Y me temo que eso es precisamente lo que los nativos quieren.

—No se saldrán con la suya —y Oome señaló el reluciente botón rojo.

Ul rió socarronamente.

—¿Destruir un planeta? Es una ridiculez hacerlo sólo para satisfacer tu orgullo herido. Piensa otra solución mejor.

Oome se levantó con violencia, arrojando la silla. Paseó por la habitación repleta de aparatos como una fiera hambrienta y furiosa.

—He pasado mucho tiempo planeando todo esto. Manipulé amistades, amenacé por conseguir que destituyeran a Teilh y me enviaran a mí en su lugar. Tuve que esperar a que el cadete Lemmy obtuviera su grado para convencerle que viniera conmigo y hacer de su fama, de hijo de un héroe del Gran Imperio, la pieza clave para justificar la destrucción de Dangha una vez que hubiéramos conseguido las gemas para que los nativos nunca pudieran denunciarnos. No, Ul, Son demasiadas cosas para dejar que todo se estropee por unas causas imprevistas.

—¿Causas imprevistas? —gritó Ul—. ¿Cómo te atreves a llamar causas imprevistas a una derrota en toda la regla? ¿Es que no te das cuenta de que no estamos en condiciones de vencer a esa gente ya? Sólo nos queda cesar este inútil bombardeo, solicitar un armisticio y tratar de arreglar las cosas de forma que podamos marcharnos un poco airosos.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Aún podemos salvar el pellejo. Ya no podremos conseguir las gemas de ninguna forma. Llama a los danghanitas y promételes que cesarán las hostilidades. Luego solicita el traslado al Alto Mando. Otro comandante llegará y se las entenderá con los rebeldes.

—Eso sería arruinar mi carrera…

Ul se encogió de hombros.

—Es posible. Pero no te matarán por haber fracasado. Dangha es, al fin y al cabo, un mundo bajo ley marcial. Ya existía una

rebelión antes de venir nosotros. Creo que solamente serás enviado por un par de años a una guarnición bastante aburrida como castigo. Luego se olvidará todo. Es posible que donde te envíen puedas hacerte de algún dinero, aunque no mucho.

Oome escuchó las palabras de Ul como si se tratasen de puñetazos. Crispó los puños y trató de serenarse. Silabeó:

—Piensas así porque legalmente estás al margen de todo…

—Sí. Yo sólo soy un subordinado tuyo. Pero es mejor así. Desde fuera te seré de más ayuda que involucrado junto con tus culpas.

El visor seguía mostrando cómo los rayos energéticos continuaban resbalando de la media esfera invisible protectora de la ciudad.

Lentamente, Oome se acercó al comunicador de órdenes y dijo:

—Que cese el fuego.

Las baterías enmudecieron al instante, y la vibración que hasta entonces había estado sacudiendo la fortaleza desapareció.

—Ya está. Ahora comunica a los rebeldes que, por nuestra parte, dejaremos de luchar, si ellos no nos atacan. Inmediatamente informa al Alto Mando que te encuentras incapacitado para dominar una importante rebelión, que envíen de inmediato un sustituto. Con suerte, estará aquí antes de dos o tres días. Espero que durante este tiempo los nativos permanecerán quietos.

Oome había estado escuchando las palabras de U1 con la mirada baja. De pronto, alzó la cabeza y dijo rudamente:

—Tú me metiste en esto, cuando regresaste del Borde con la noticia de la existencia de gemas en este planeta, Ul. Por tu causa perdí un buen puesto en la Academia. No es justo que salgas de esta aventura tan bien parado.

—Oh, vamos, Oome. Debes admitir las cosas tal como son…

El comandante había llegado hasta su mesa de trabajo. De un departamento había extraído un arma de grueso cañón, con la que apuntaba al capitán, quien retrocedió, sorprendido.

—¿No esperabas esto, verdad? —Sonrió tétricamente Oome—. Pues más te sorprenderá lo que vas a escuchar.

—Estás nervioso. No deberías…

—¡Cállate! —aulló Oome, apretando con tal fuerza el arma, que los dedos se tomaron blancos—. Tú piensas seguir aquí, esperar al nuevo comandante y convencerle para terminar el negocio que no

pudiste llevar a buen término conmigo.

—No había pensado en eso, Oome, pero es buena idea. ¿Sabes lo que creo? Tú me esperas en la Tierra o en donde sea dentro de un año. Te daré la mitad de mi parte si, como dices, puedo convencer al nuevo comandante para que quitemos entre los dos las gemas y…

—No sigas, U1 Prentice. Es inútil que trates de convencerme. Conozco las leyes del Gran Imperio. Un oficial fracasado sólo sirve para ser conducido a la cámara desintegradora. ¿Comprendes? Sólo me queda una alternativa.

El rostro de U1 palideció. Veía cómo Oome se acercaba al botón rojo.

—Estás adivinando mis intenciones, Ul. Lo celebro. Así es. Voy a activar el dispositivo que dentro de doce horas disolverá este condenado planeta en el Cosmos. Yo tendré tiempo de tomar la astronave de emergencia de la fortaleza. Es automática, y regresaré a la Tierra. Allí explicaré que, cuando todo estaba perdido, decidí ejecutar a los rebeldes, que ya entonces apenas quedaban soldados capaces de defender la fortaleza, y sólo yo pude escapar. Me creerán o no, pero no podrán probar nada en contra. Por el camino me autohipnotizaré, y ni los detectores de la verdad podrán sacarme lo que realmente sucedió en Dangha.

—Estás loco, amigo. Yo nunca he pensado en traicionarte. ¿Es que no comprendes que de nada valdría dejar que yo fuese acusado también? Te prometo que te salvaré… No, es mejor que tú huyas. Salvarás la vida. Yo diré que te mataron en el primer ataque de los rebeldes…

Pero Oome movía la cabeza negativamente, gozando ante el sufrimiento de Ul.

—No te esfuerces. Ya sabes que, una vez activado el poder destructor del planeta, sólo usando mi codificador personal podría ser anulado. Y yo me llevaré el codificador conmigo.

La mano izquierda del comandante empezó a bajar lentamente sobre el botón. Ul lanzó un grito para distraer su atención, y saltó sobre la mesa para impedirlo.

La pistola de Oome funcionó, y un haz de fuego, intenso y amplio, pulverizó las piernas de Ul.

El capitán cayó de la mesa al suelo. Sus miembros carbonizados empezaron a convertirse en negro y fétido polvo, mientras su rostro

se contraía a causa del dolor.

—No morirás en seguida —le sonrió Oome, terminando de apretar el botón—. El disparo es cauterizante. Te dejaré aquí y sellaré la puerta. No sé si perderás el sentido a causa del dolor, pero la gangrena te terminará de matar antes de que este planeta estalle. Lo siento. Me hubiera gustado que presenciaras la destrucción de un mundo. Resulta ser un espectáculo que no puede presenciarse todos los días.

Pasó por encima del gimiente Ul, quien, dominando su dolor, intentaba sacar su arma de la funda.

Lentamente, saboreando los segundos, Oome disminuyó el poder de su pistola, y apuntó cuidadosamente sobre la mano que ya tenía medio extraída el arma.

Disparó y Ul gritó desgarradoramente. Su diestra estaba quemada, aunque sólo superficialmente.

Oome volvió a disparar, ahora contra la mano izquierda, achicharrando dos de los dedos.

U1 ya sólo podía revolcarse de dolor, imposibilitado incluso de gritar.

El comandante se acercó a la puerta, después de recoger el codificador. Echó un último vistazo a la estancia. Sobre el botón rojo se había encendido un reloj marcado sólo en doce horas. La aguja ya había comenzado su lento recorrido.

Oome pensó que tenía suficiente tiempo para tomar el pasadizo personal que le conduciría hasta el hangar donde permanecía la astronave de emergencia.

Pero al ir a abrir la puerta, retrocedió, confuso, al ver cómo ésta se deslizaba hacia un lado, y en la habitación entraba resueltamente Gresh Lemmy, seguido de una muchacha nativa, que insolentemente le mostraba el uniforme de los rebeldes.

* * *

—¿Pensaba marcharse, comandante Oome? —preguntó Gresh.

Su mirada era dura, pero se convirtió en expresión de asco cuando descubrió al gimoteante U1 arrastrándose por el suelo. Comprendió que no tenía salvación. La ciencia ya nada podía hacer por aquel desdichado.

—¿Qué está haciendo aquí? —Pudo articular el comandante,

una vez repuesto de su sorpresa.

—Pudimos franquear el escudo de fuerza de la ciudad, primero, y luego, sus inútiles disparos —explicó Gresh—. Mis compañeros de armas se sorprendieron mucho al verme aparecer al pie de la fortaleza, pero no dudaron en abrirme, a pesar de acompañarme una aislacionista.

Oome posó su aturdida mirada en Frigia.

—Es la mujer que conocí en la Tierra, la que se enteró de todos sus proyectos para robar a estas gentes y luego matarlas, destruyendo su mundo. Lo sé todo, comandante. Y me repugna usted. Cualquier castigo será poco para sus culpas —dijo Gresh.

—Sí, comandante —dijo Frigia—. Yo escuché todas sus entrevistas con el capitán U1 en su apartamento, en las que concretaron sus planes. El teniente Gresh presentará al Alto Mando las pruebas que poseemos de sus conversaciones.

Oome empezó a iniciar una sonrisa burlona. Volvía a, tener el arma y la firmeza renacía en él. Aquélla inesperada aparición sólo era un pequeño contratiempo, que podía resolverse sencillamente apretando dos veces el disparador de su arma.

—Han sido unos locos viniendo a mí así. Les convertiré en algo más asqueroso que esa piltrafa que se arrastra por el suelo.

Empezó a levantar el cañón de la flamígera pistola, y se detuvo de inmediato cuando por la puerta empezaron a entrar varias personas. Algunas vestían los uniformes de oficiales de las tropas regulares, mientras que otros lucían las vestimentas aislacionistas.

Gresh explicó al comandante, paralizado por la sorpresa:

—Yo pretendía llegar solo a la fortaleza, cuando Frigia me alcanzó. En seguida nos descubrió Coorh. Ya entonces estaba yo convencido de su suciedad, comandante, y pensamos un plan. Al derrochar usted tanta energía persistiendo en destruir el escudo de fuerza, pensamos, debía haber puesto nerviosos a todos los oficiales.

»Así era. Llegué aquí, y les conté todo cuanto sabía.

Ellos me dieron un margen de confianza. El resto lo puso usted. Nos ayudó cuando comenzó a hablar con el capitán Ul, y no se acordó de que el comunicador de órdenes siempre había estado conectado. Todas las tropas de la fortaleza pudieron escucharles. Ya entonces habían entrado varios jefes aislacionistas. Y ahí están todos, dispuestos a enviarle a la Tierra para que sea juzgado.

Oome paseó su nerviosa mirada por el hosco grupo de oficiales y aislacionistas, que, en apretado grupo, comenzaron a acercarse a él. Retrocedió y agitó su pistola en abanico delante de ellos.

—Tendrán que permitirme salir. He puesto en funcionamiento el dispositivo que activará el destructor del planeta en menos de doce horas. Les entregaré el codificador si me prometen dejarme marchar…

—No, comandante. Usted deberá pagar por sus actos —respondió uno de los oficiales.

—Estoy armado —dijo Oome, colocando la graduación del arma al máximo—. De un solo disparo puedo quemarlos a todos…

Luego miró furiosamente a sus oficiales, diciéndoles:

—Aún soy vuestro jefe. Tenéis que obedecerme. ¡Apartaos!

Pero los hombres no se movieron. Siguieron hombro con hombro con los jefes aislacionistas. Uno de ellos respondió:

—No son enemigos nuestros los nativos, señor. De Ul podía esperar que convirtiera a sus soldados en verdugos, pero no de nosotros. Somos incapaces de luchar en una guerra particular suya. Usted no peleaba por el Gran Imperio, sino por usted mismo. Hemos decidido relevarle de su cargo.

Oome rió nerviosamente.

—Tiene gracia —dijo—. Aún tengo el poder. Quitaos todos de la puerta. ¡Marchaos!

Gresh se puso delante de Frigia lentamente, queriendo protegerla. Leía en los ojos de Oome la decisión de disparar. Comprendía que había, perdido el control de sus actos. De un instante a otro, Oome podía apretar el disparador y barrerlos a todos.

—Contaré hasta tres, y luego dispararé, si no me dejáis el camino libre hasta el hangar —susurró Oome—. Uno…

Los soldados y danghanitas empezaron a mirarse. Aquella situación era difícil. Ninguno de ellos se atrevía a tomarse atributos como para decidir.

—Dos…

Oome cogió la pistola con las dos manos. Empezó a formar una sonrisa torcida cuando se dispuso a contar el final del plazo.

Entonces, del suelo surgió un trallazo de luz que los cegó a todos. Cuando, parpadeantes, pudieron abrir los ojos, aún pudieron

ver que el capitán U1 dejaba escapar entre sus destrozados dedos una pequeña pistola con la que había disparado contra el comandante, quien se desplomaba lentamente, convertido en una humareda que olía horrorosamente a carne quemada.

U1 terminó de rodar por el suelo. La muerte se le había anticipado a causa del tremendo esfuerzo realizado para alcanzar su arma, empuñarla con sus destrozados miembros y dispararla.

Algunos salieron de la habitación. Gresh arrastró a Frigia al pasillo. Desde allí escuchó cómo uno de sus compañeros decía:

—El codificador para anular el detonador no ha podido ser destruido. ¿Quién me ayuda a localizarlo entre las ropas del comandante?

Era una tarea ingrata, pero sobraron los voluntarios.

Nadie, nativos o soldados del Gran Imperio, deseaban que el planeta desapareciera.

Gresh y Frigia se retiraron lentamente de aquel lugar. Deseaban ambos salir de la fortaleza, buscar el aire libre. Aún seguían percibiendo el ambiente fétido del despacho del comandante.

Por el camino se encontraron con soldados que deambulaban confusos de un lado para otro, que aguardaban el regreso de los oficiales para comprender lo que estaba sucediendo.

Gresh los eludió, y entró en una estancia vacía. Allí dio a Frigia el segundo beso, al que ella correspondió con más pasión que el primero, consumado mientras sobre el escudo de fuerza de la ciudad caían las andanadas energéticas.

EPÍLOGO

Hacía dos horas que Frigia había visto descender sobre el puerto del espacio la astronave que regresaba de la Tierra.

Había soportado, durante aquel tiempo, la espera pacientemente, reprimiendo sus deseos de ir a la ciudad y asistir a la reunión de los jefes con Gresh.

Gresh había necesitado cerca de un mes para su misión. Diez días más de los previstos.

Y Frigia había temido, durante los días de demora, que algo grave hubiese sucedido a quien ya lo era todo para ella.

Como le prometiera cuando se marchó Gresh, le esperaba en la colina donde se amaron las pocas jornadas que transcurrieron desde el cese de la lucha hasta su partida.

Cerró los ojos, no queriendo mirar el camino que ascendía desde la ciudad hasta la colina. Ansiaba, con toda su alma, ver aparecer el vehículo de Gresh…

Escuchó un suave rumor, y miró hacia el camino.

Gresh corría, en un pequeño deslizador, hacia ella.

Cuando el teniente saltó del vehículo, Frigia corrió hacia él, y no se dio cuenta, entonces, de que no vestía el uniforme de oficial del Gran Imperio. Aquel detalle lo comprendería más tarde.

Primero calmaron sus respectivas ansias de amor, y luego, tendidos en la fresca hierba y arropados por la valla formada por los árboles, Gresh habló.

Yen su rostro apareció una sombra de tristeza.

—No he podido llegar hasta la Tierra. Hubiera sido una locura hacerlo.

—Leo en tus ojos que algo grave ha sucedido —dijo Frigia.

—Así es. El Emperador fue derrocado por un pariente suyo. Todavía la situación no es firme. Quedan muchos seguidores del anterior que no quieren reconocer como Emperador a quien le

mató. Pero se rumorea en Marte, que es hasta donde me atreví a llegar, que la situación no tardará en solucionarse, y tendremos un nuevo jerarca imperial hasta que…

—Continúa.

Gresh aspiró hondo.

—El Gran Imperio se tambalea. Lleva así más de un siglo. Tardará en caer varios más, pero caerá al fin. Cada lustro es más débil que el anterior. Es posible que estalle una guerra civil si llegan a aparecer más pretendientes al trono imperial. Eso nadie lo sabe. Lo cierto es que millones de soldados regresan de planetas coloniales de poca importancia.

—¿Qué puede significar todo esto?

Gresh movió la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Ya he contado a mis compañeros la situación. Les he dicho que casi escapé como un prófugo de Marte, sin avisar. Estoy convencido que no merece la pena luchar ya por los ideales a causa de los cuales murió mi padre y yo quise imitarle. Todo está podrido. —Miró lo que le rodeaba y añadió—: Este aire es más sano. He decidido no volver.

—¿Qué han decidido los soldados?

—Casi todos regresarán en las astronaves a distintos puntos del Gran Imperio. La mayoría quiere ir hasta la Tierra. Hemos llegado a la conclusión de que pasarán muchos años, siglos tal vez, hasta que volvamos a tener noticias de la Tierra. Otros soldados, los menos, nos han pedido permiso para permanecer aquí. Y se lo hemos concedido, naturalmente.

Después de un largo silencio, Gresh dijo:

—Partirán esta misma noche. Los tuyos, Frigia, se han ofrecido a proporcionarles dos de las naves que tienen escondidas para que puedan marcharse todos juntos.

Se acercaron hasta los árboles a una señal de Gresh, y, a través del follaje, vieron cómo de la ciudad y de la Fortaleza partían vehículos en dirección al puerto del espacio. La guarnición que había decidido regresar no perdía el tiempo.

Gresh abandonó su observación. Tendido en el suelo y mirando el azul del cielo, comentó:

—Es posible que ahora este planeta se convierta en lo que vosotros siempre habéis querido que sea: un lugar tranquilo en el

que se pueda vivir en paz. Confiemos en que los muertos habidos en la refriega no hayan sido un tributo baldío, al final.

—¿Por qué lo dices?

—Quedan las gemas de hielo. Pueden volver otros en su busca. Incluso los danghanitas pueden disputar entre ellos por su posesión. Ya saben todos lo apreciadas que son en la Galaxia. Aunque exista confusión en el seno del Gran Imperio, quedan cientos de planetas en donde venderlas bien.

Ella rió largamente, y Gresh la miró, molesto.

—Supongo que tendrás un buen motivo, ¿no?

—Ahora puedo confiarte un secreto, Gresh. Nunca ha habido gemas en este planeta.

—¿Qué dices?

—Hace muchos años, antes de que llegaran las tropas coloniales, cayó una nave desconocida cerca de los montes Escarlatas. Todos sus tripulantes estaban muertos. Nuestros antepasados encontraron un valioso cargamento en gemas. Fueron haciendo viajes al Borde para venderlas. Allí dijeron que tenían un yacimiento, y gozaban de la protección del Gran Imperio. Mintieron en todo porque no querían que se supiera lo del accidente para que nadie las reclamara, y dijeron que ya estaban los soldados coloniales en Dangha, para sentirse protegidos. Poco después llegaron realmente. Pero ya no quedaba una sola gema por vender.

Gresh no salía de su asombro.

—¿Por qué mintieron, por qué no contaron a Oome la verdad, en lugar de dejar que siguiera pensando que existían aún las gemas? Se hubiera evitado la lucha.

Ella movió la cabeza.

—No lo hubiera creído. Oome estaba obsesionado con las gemas. ¿Te desilusiona saber que no existen?

Sonrió ampliamente Gresh, y dijo:

—Por el contrario, me dejas mucho más tranquilo. Tener gemas de tal valor en Dangha significaba estar siempre sobre un volcán.

Frigia se arrojó sobre Gresh y le besó.

—¿A qué viene esto ahora? —preguntó el muchacho.

Sin dejar de besarle, Frigia contestó:

—Temía que te hubieras quedado no por mí, sino por poseer algún día un puñado de gemas.

Él la apartó suavemente, y» fingió severidad cuando dijo:

—Debería pegarte por dudar de mí.

No lo hizo. Por el contrario, decidió ganar la partida a Frigia en algo más agradable.

FIN.



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).